



BOLETÍN SALESIANO

REVISTA DE LAS OBRAS DE DON BOSCO

ROMA Y TURIN

*¡Días inolvidables! ¡Espectáculos grandiosos!
¡Visiones de Cielo! ¡Emociones jamás sentidas!
Todas las expresiones del lenguaje humano son incapaces de dar una idea de lo que vimos y sentimos en Roma y en Turin durante las fiestas de la Beatificación de nuestro Padre y Fundador Don Bosco.*

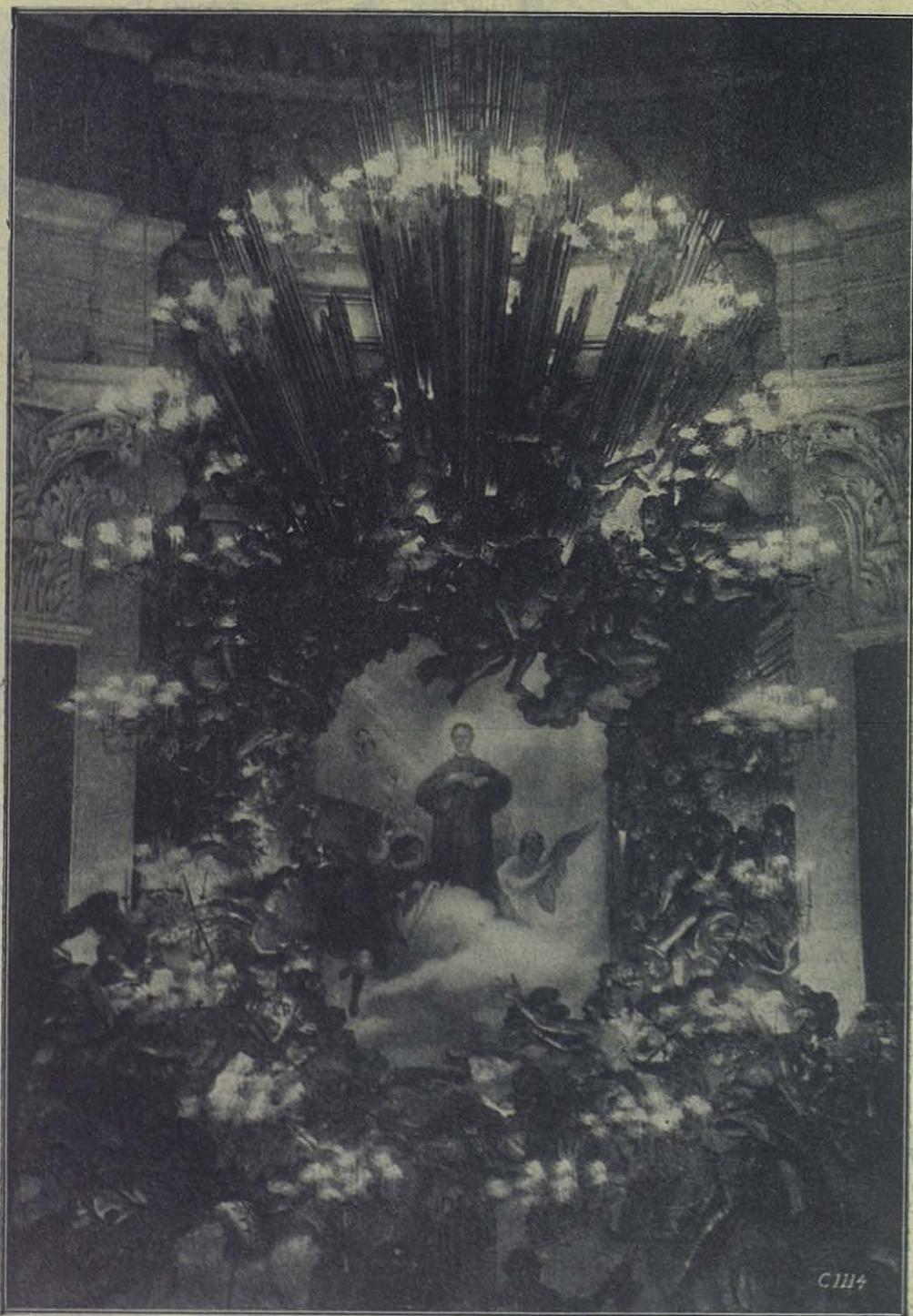
Cuantos asistieron decían lo mismo: Imposible dar una idea que se acerque a la realidad; los que vos oigan no prestarán fe a nuestras palabras; ¡qué lástima que no se encuentren aquí presentes tantos y tantos amantes de la Obra de Don Bosco como hay en el mundo entero!

Y es que la glorificación de Don Bosco ha sido obra de Dios y la Omnipotencia Divina tiene medios sobrados a su alcance para sobrepasar indefinidamente las más halagüeñas previsiones humanas.

Las fiestas de la Beatificación de Don Bosco han pasado; pero su recuerdo permanecerá en el alma de cuantos las presenciamos como algo grandioso, sublime, hondamente conmovedor. Habíamos suspirado aquellos días, nos los habíamos imaginado como un acontecimiento glorioso para nuestro Padre y Fundador, como la ascensión a un alta cima de donde divisaríamos espléndido mundial panorama de admiración y homenaje hacia el grande

Apóstol del siglo XIX. Pero la realidad ha superado todas las previsiones; nos hemos encontrado con una luz esplendorosa superior a la capacidad de nuestra retina; el panorama ha resultado tan extenso y grandioso que no hemos podido abarcarlo, ni divisar siquiera sus gloriosos horizontes.

En Roma, donde se despliega toda la majestad del culto católico en el más grande templo de la Cristiandad, todo fué extraordinario. La afluencia de fieles de la Ciudad Eterna y el enorme concurso de peregrinos venidos de toda Italia y del mundo entero, que la Basílica de San Pedro, con asombro de los mismos romanos, era incapaz de contener; el momento indescriptible de la aparición de la gloria del Beato, que suscitó aquella prolongada tempestad de aplausos mezclada con las lágrimas de casi todos los presentes; por la tarde la bajada del Papa en silla gestatoria para venerar al nuevo Beato y bendecir a la multitud que le aclamaba y que le hizo decir que nunca, ni en las circunstancias más solemnes, había visto tanta muchedumbre, tanto entusiasmo, tanto fervor; la soberbia iluminación de la Basílica, que el Papa quiso fuera extraordinaria y que una noche primaveral la hizo aparecer como una visión de cielo; la memorable audiencia concedida por el Papa



CIII4

El Beato Don Bosco en los esplendores de la Gloria Vaticana.



Pío XI, desde la Basílica de S. Pedro, ha elevado al honor de los altares al grande Apóstol de la Juventud que un día le cautivara con sus virtudes.

a toda la familia salesiana, congregada en el patio de San Dámaso, durante la cual su corazón de Padre se desahogó en aquella inolvidable alocución, toda amor y admiración a Don Bosco y a su Obra; el solemnisimo triduo en la Basílica Salesiana del Sagrado Corazón, la colocación de la primera piedra del nuevo grandioso templo a María Auxiliadora, el número de Cardenales, Obispos y personalidades que asistieron a todos los actos, todo fué extraordinario, conmovedor, inolvidable.

Y todo esto se puede decir que no fué sino una preparación de lo que luego presenciarnos en Turín. La ciudad donde el nuevo Beato desplegó toda su actividad se ha manifestado agradecida y sus quinientos mil habitantes, como un solo hombre, han querido participar al homenaje.

Son inútiles las ponderaciones.

Aquel cortejo triunfal que acompañó los venerandos restos del nuevo Beato desde la que fué su tumba de Valsalice, hasta el altar levantado en la Basílica de María Auxiliadora, al cual tomaron parte más de 100 mil personas y que fué presenciado por varios centenares de miles que aclamaban al nuevo Beato, arrodillándose a su paso con los ojos arrasados en lágrimas; aquel incesante acudir de muchedumbres ávidas de ver la urna del Beato y tocar en ella objetos de piedad; aquel sin fin de trenes extraordinarios, jamás registrados por la compañía de ferrocarriles y que durante dos o tres días no hicieron más que transportar a Turín masas humanas, pueblos enteros, para rendir homenaje y encomendarse a Don Bosco; el número extraordinario de Príncipes de la Iglesia y Obispos, el solemnisimo triduo en la Basílica de María Auxiliadora con asistencia pontifical de tantos Obispos, con el canto de la maravillosa Misa del Salesiano Pagella, con los panegíricos

pronunciados por tres Cardenales, con la trasmisión radiofónica de cantos y discursos; aquella colocación de la primera piedra del Instituto Rebaudengo para formación de Misioneros maestros de oficio; todo alcanzó proporciones inesperadas, todo se desarrolló con un orden perfecto y sin el menor incidente desagradable, cosa que no dejó de ser notada como verdadero prodigio.

Y ahora, trascurrido casi un mes de tan gloriosos acontecimientos, allí está la Urna del Beato Don Bosco, visitada sin cesar, cubierta siempre de flores, rodeada constantemente de velas votivas, con miles de corazones que todos los días se arrodillan ante ella para implorar gracias del nuevo Beato. Varios son los hechos verdaderamente prodigiosos cuya fama va extendiendo el entusiasmo por doquier: un niño ciego que abre los ojos a la luz; un hombre tullido que recobra el movimiento; una tuberculosa en último grado curada instantáneamente; un joven postrado desde tres años en el lecho por una tisis ósea que, tras una aparición del Beato, se levanta completamente curado; otro hombre que se convierte tras muchos años de alejamiento de Dios. Estos y muchos otros hechos similares aumentan la fe y la confianza de las almas buenas, que rodean continuamente el altar del nuevo Beato.

Nuestros amados Cooperadores y beneméritos Cooperadoras deben participar en gran medida de este júbilo y entusiasmo; teniendo en cuenta que para ellos el Beato Don Bosco ha de ser especialísimo protector, pues ya en vida manifestaba tan grande afecto y gratitud hacia los que le ayudaban en sus santas empresas. ¡Aumente en todos la fe y confianza en el valimiento de un santo cuya beatificación ha sido rodeada de tanto esplendor de gloria y veneración y digamos todos con todo el afecto de nuestras almas:

BEATE JOANNES BOSCO, ORA PRO NOBIS!

¡BEATO JUAN BOSCO, ROGAD POR NOSOTROS!

Las grandes fiestas de la Beatificación

LOS DIAS DE ROMA (del 2 al 7 de Junio).

Con la mente llena de los más gratos recuerdos e impresiones y con el corazón rebosando de los más ardientes afectos de amor y veneración hacia el Vble. Juan Bosco, nos dirigimos a la Ciudad Eterna para asistir a la glorificación del Apóstol de la Juventud.

Ibamos preparados para sentir emociones fuertes, extraordinarias; pero la realidad superó tanto la previsión, que los afectos de nuestra alma se agolparon a menudo a nuestros ojos en forma de lágrimas dulcísimas de emoción y alegría.

Desde luego renunciamos a poder describir lo que vimos; son cosas y escenas que al presenciarlas el alma las siente, las goza, quedando inundada de la satisfacción más íntima, del goce más puro; pero luego le resulta imposible dar ni la más pálida idea de cuanto, en medio de tanta conmoción, ha presenciado.

Nos limitaremos a referir el sucederse de los actos que por sí mismos tienen una elocuencia superior a toda ponderación

Los días que precedieron.

Llegamos a Roma el martes día 28 de mayo por la tarde y al llegar al Colegio Salesiano una animación inusitada nos decía que algo grandioso se preparaba. Salesianos, alumnos, exalumnos y Cooperadores de todas lenguas y naciones circulaban por los patios, entre obispos y personalidades que iban en aumento a medida que se acercaba el suspirado día; a cada tren que llegaba a la próxima estación de *Termini*, nuevos grupos de peregrinos engrosaban el número de los ya llegados. En todas las caras se veía pintada la

misma satisfacción, idénticos afectos, una común alegría, que a todos hermanaba, pareciendo que los distintos acentos de tan variadas lenguas resonasen en una única expresión, por todos comprendida, de amor y entusiasmo hacia el Padre común, Don Bosco.

Llegada de Don Rinaldi.

El miércoles, día 29 de mayo, una voz se extendió desde el Colegio Salesiano del



Cuadro del Beato en la Logia exterior de la Basílica.

Sagrado Corazón a los demás Colegios y por las pensiones y hoteles de la Ciudad: Va a llegar a Roma el Sucesor de Don Bosco, Don Felipe Rinaldi, que viene para asistir a la gran fiesta. Roma, que acogió varias veces en triunfo al que va a ser proclamado Beato, quiere dar a su sucesor una prueba de afecto y especial cariño. Los andenes de la estación se llenan pronto de una abigarrada muchedumbre: Obispos, Superiores, Salesianos, alumnos, exalumnos, Cooperadores y admiradores de la Obra Salesiana; banderas, estandartes, bandas de música, gentes de diferentes naciones y clases sociales, todos unidos en un único afecto, tributan al sucesor de Don Bosco una cariñosa ovación, apenas su paternal figura aparece en la ventanilla del vagón que lo conduce. En seguida se improvisa una manifestación y entre las acordes de las bandas de música, los himnos de los alumnos y exalumnos y las aclamaciones de la multitud, el buen Padre es acompañado al próximo Colegio Salesiano, cuyo patio queda en un momento lleno de público que, después de renovar la más cariñosa ovación al Sucesor de Don Bosco, escucha su palabra conmovida, que recuerda las visitas memorables hechas a la Ciudad Eterna por Don Bosco, que ahora va a recibir en ella la más grande de las glorificaciones.

Nuevos grupos de peregrinos van llegando sin cesar y el entusiasmo y animación aumentan por momentos.

El Cardenal Salesiano.

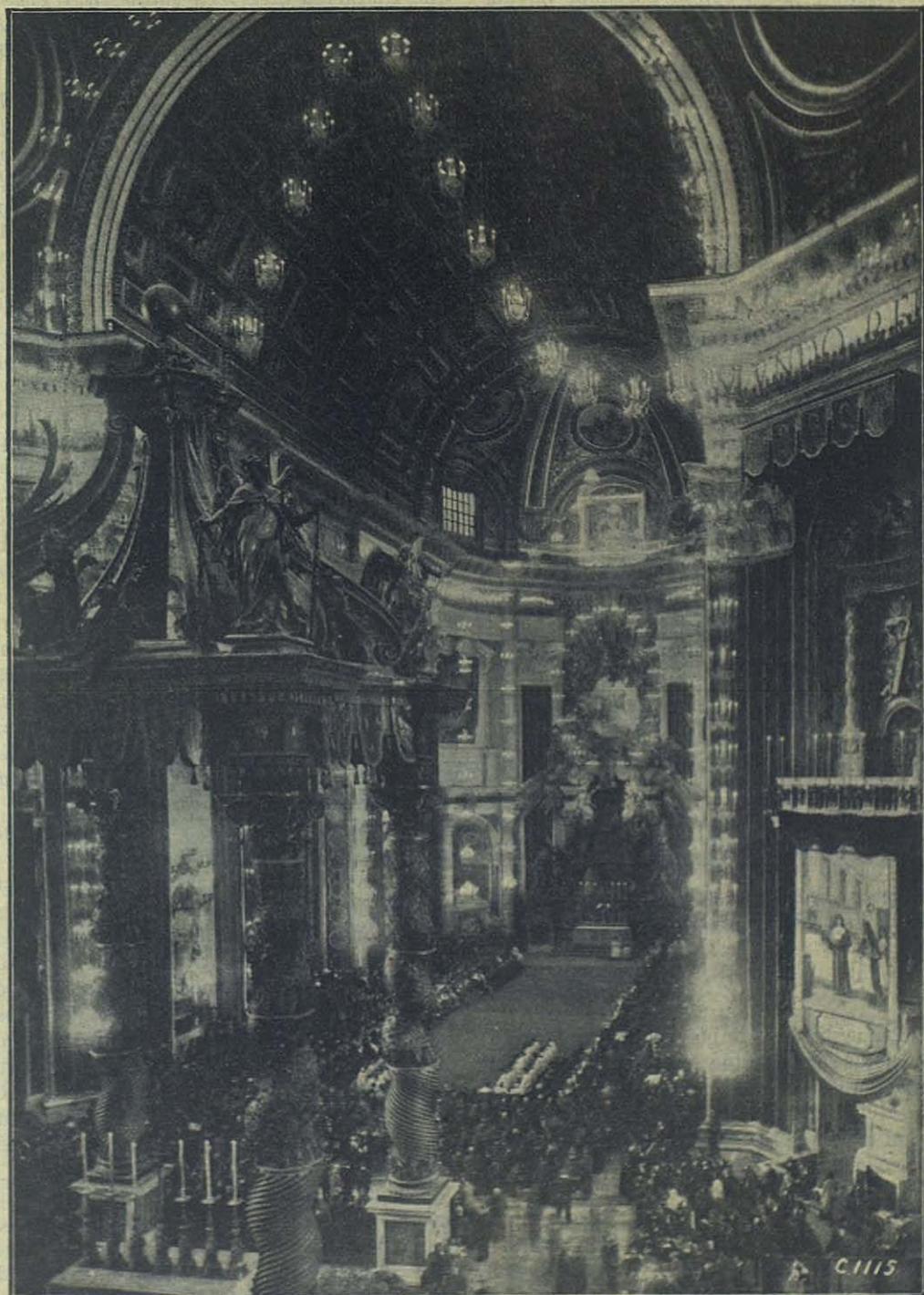
Una de las notas simpáticas de estos días es la llegada del Cardenal Salesiano, Emmo. Augusto Hlond, Primado de Polonia, que desde su lejana diócesis se ha dirigido a la Ciudad Eterna en aeroplano, siendo el primer purpurado que ha usado este modernísimo medio de locomoción. Al aeródromo acudieron gran número de personas, especialmente de la numerosa colonia polaca, residente en Roma, junto con los representantes diplomáticos de la Polonia, para dar la bienvenida al Cardenal, que bajó del aparato con rostro alegre y sonriente, mostrándose altamente satisfecho del viaje efectuado en dos etapas, con escala en Viena. En seguida en automóvil dirigióse al Colegio Salesiano, donde se le tributó una cariñosa acogida.

Los Cardenales Españoles.

España, tierra privilegiada, que recibió el año 1886 al Beato Don Bosco en la ciudad de Barcelona, en medio de los mayores triunfos y muestras de veneración, ha querido hacer acto de presencia en la glorificación celestial de su gran Bienhechor. No en vano desde hace ya 50 años los Hijos de Don Bosco trabajan en la noble Nación Española y esta tierra de hidalgos ha querido corresponder a sus desvelos y trabajos, que hoy se desarrollan en más de 50 instituciones, casi todas dedicadas a la Juventud pobre y obrera.

Con verdadero sentimiento de gratitud recordamos el magnífico gesto del Cardenal Primado de las Españas, el Emmo. Sr. Don Pedro Segura. Un asunto de especial importancia lo llama a Roma a donde se dirige en forma rigurosamente privada. Faltan pocos días para reconocer los restos del que va a ser proclamado Beato; el tren que lo conduce a Roma no ha de pasar por Turín y sin embargo el bondadoso Cardenal, que tanto quiere y admira a Don Bosco, decide hacer una desviación de pocas horas a su viaje, sólo para poder celebrar una de las últimas misas sobre la Tumba del Venerable, a fin de encomendar a su intercesión y valimiento los asuntos que a Roma le llevan y poner bajo la protección del nuevo Beato su amada Arquidiócesis y a España entera. Un telegrama que anuncia su llegada a Turín pone en seguida en movimiento la Casa Madre de los Salesianos, que recibe agradecida la preciosa visita; y la gratitud se trueca pronto en honda emoción y veneración profunda, al escuchar las palabras del ilustre Purpurado, que presenta a Don Bosco como un santo de importancia mundial; al oír de sus labios palabras de apostólico celo y al contemplar su figura aureolada de las virtudes mas refulgentes.

Pero no bastaba. España ha querido organizar una Peregrinación Nacional para rendir un homenaje colectivo al Beato Don Bosco y otro Cardenal Español, el de la Sede Primada de Tarragona, Emmo. Vidal y Barraquer, ha querido unirse a los Peregrinos para participar en nombre de España a las fiestas de Roma y de Turín. Precediendo de pocas horas al grueso de la Peregrinación llegó a Roma por la mañana del día 1º de Junio, siendo objeto de una entusiasta y



Magnífico aspecto que ofrecía la Basílica Vaticana durante el Pontifical.

cariñosa acogida en el Colegio Salesiano donde le recibieron, junto con el Cardenal Hlond, gran número de Obispos y nuestros Superiores mayores, la muchedumbre de Cooperadores exalumnos y alumnos que llenaba el Colegio.

Llega la Peregrinación Española.

Un tren especial condujo por último a Roma la Peregrinación Nacional Española. Los 200 peregrinos de todas las Provincias de España, a cuyo frente venía el Excmo. Sr. Dr. D. Félix Bilbao, Obispo de Tortosa, fueron recibidos por numerosos miembros de la Colonia Española que pudieron conocer la hora de la llegada y dado lo avanzado de la hora, fueron en seguida conducidos a los respectivos hoteles.

El gran día.

Por fin amaneció el suspirado día 2 de junio. Un sol espléndido campeó durante todo el día en el Cielo de Roma, dando aquella nota de luz y alegría que tanto contribuye al éxito de estas gloriosas jornadas. Pero un sol más radiante, un fuego mucho más intenso ardía en todos los corazones: el amor y el entusiasmo por Don Bosco. El gran día de la glorificación de Don Bosco había llegado y todos se disponían a presenciar los grandes actos de la liturgia católica y a contemplar y a aclamar al Vicario de Jesucristo cuándo en medio de los esplendores del Cortejo Pontificio, acudiera a la Basílica para venerar al nuevo Beato.

La Beatificación.

A última hora se había hecho otra tirada de tarjetas de entrada para satisfacer las piadosas ansias de los grupos de peregrinos que no cesaban de llegar. La inmensa plaza de San Pedro presentaba el característico aspecto de animación de las grandes ocasiones. ¿Cuántas personas asistieron a la función? ¿60, 70 mil personas? ¿Para qué entretenerse en cálculos? La más grande Basílica de la Cristiandad estaba llena hasta rebosar y la muchedumbre se extendía por la plaza de San Pedro.

De la logia central de la fachada de la Basílica, pendía un artístico cuadro del

Beato con una inscripción en verso latino que traducida dice: « *Al entrar en el Templo venera a Juan Bosco — al cual Pío XI reinante en la Santa Ciudad — ritualmente ha inscrito en el catálogo de los Beatos — Pídele que defienda a la Juventud de las asechanzas del infernal enemigo — Y que proteja a la Nación Italiana, a fin de que habiendo vuelto a Cristo — tribute a este Rey inmortal, homenaje de alabanza* » Y al penetrar en el atrio de la Basílica otro cuadro representaba una escena característica de la vida del nuevo Beato, llevado en triunfo en hombros de los niños por él regogidos, con la siguiente inscripción: « *Con alegre clamoreo llevan en hombros a Juan los juguetones jóvenes a quienes anima sólo el amor* ».

En el interior de la Basílica, a ambos lados de la Confesión, de los enormes pilares que sostienen la maravillosa cúpula de Miguel Angel, pendían otros dos cuadros. reproducción de los milagros que han servido para la glorificación del nuevo Beato, con las siguientes inscripciones: « *Sor Provina Negro, habiendo invocado el patrocinio del Venerable Siervo de Dios Juan Bosco, fundador de la Pía Sociedad Salesiana, es sanada instantánea y perfectamente de una llaga circular en el estómago* ». « *La señora Teresa Callegari, enferma de poliartritis aguda infectiva, complicada con otras graves enfermedades, invoca con fiadamente el auxilio del Siervo de Dios Juan Bosco, fundador de la Pía Sociedad Salesiana y se ve instantánea y completamente curada* ».

En las tribunas levantadas en el vasto presbiterio tomaron asiento un gran número de personalidades que hacían corona a los 10 Cardenales y 60 Obispos, al Capítulo Superior de los Salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora que asistían al grandioso acto. Entre ellas notamos la presencia de distinguidas familias españolas: Sres. Marti-Codolar, Fontcuberta y Baronesa de Ribelles de Barcelona — Sres Urquijo de Bilbao — Sr. Bauer de Madrid y Srtas. Curt de Alicante.

A la hora anunciada, la espléndida iluminación eléctrica del interior de la Basílica anunció que se acercaba el suspirado momento. El Obispo celebrante se revistió de los ornamentos Pontificales y enseguida el Secretario del Cabildo de San Pedro dió lectura al Documento Pontificio de la Beatificación que traducido del latín dice así:

CARTA APOSTÓLICA

en la que el Venerable Siervo de Dios
Sacerdote JUAN BOSCO

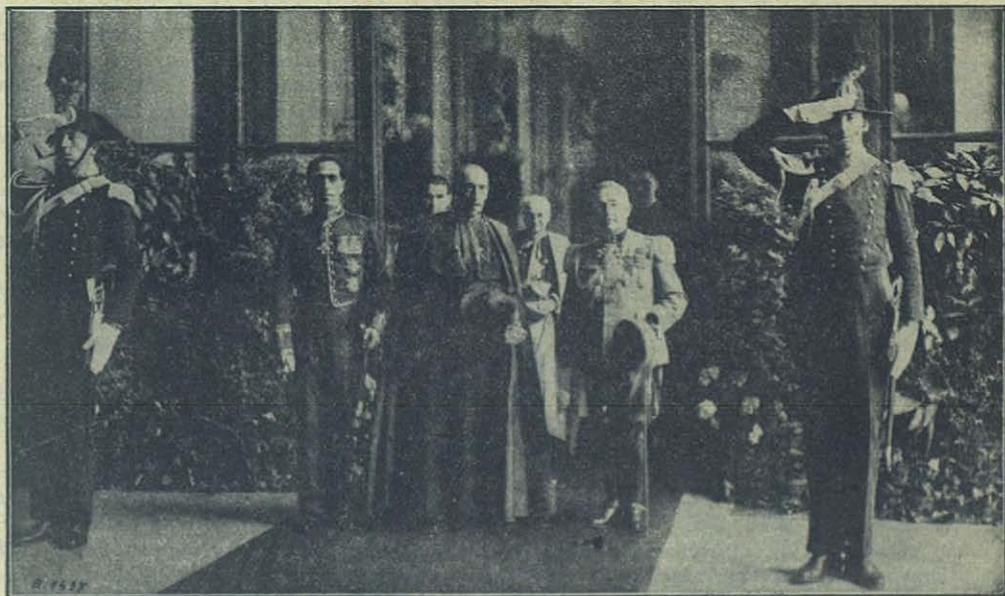
Fundador de la Sociedad de S. Francisco de Sales
y de las Hijas de María Auxiliadora
es proclamado Beato.

Admirable es Dios en sus Santos, que durante su vida terrena, emplean todas sus energías en promover la gloria de Dios y la salvación de las almas.

El Dios de Israel les dará virtutem et fortitudinem, (Ps. 67, v. 36) para que, superando

de tal manera, que ya desde aquellos tiernos años se distinguía Juan por la pureza de sus costumbres y por su indole apacible y suave.

Dotado de agudo ingenio y de portentosa memoria, repelía a sus compañeros, con admirable precisión, las pláticas que había oído en la iglesia a su párroco, o a otros predicadores; y no contento con esto, en los días de fiesta, — como anticipando su futura misión — reunía a sus amiguitos, y bajo el pretexto de entretenerles con sus amenos y variados juegos, los instruída en las verdades de la Religión y los invitaba luego a cantar las alabanzas de Dios y de su Santísima Madre.



S. E. el Cardenal de Tarragona, Vidal y Barraquer y el Obispo de Tortosa Dr. Félix Bilbao, acompañados del Cónsul de España, al salir de saludar al Príncipe Humberto de Saboya.

todas las dificultades que el mundo les ofrezca y venciendo a todos sus adversarios, lleven a feliz término las santas empresas que se habían propuesto.

Y en el piadoso sacerdote Juan Bosco, Fundador de los Salesianos, se cumplió a maravilla esta promesa de los Sagrados Libros.

El 16 de agosto del año 1815, cerca de Castelnovo de Asti, en una pequeña y agreste aldea, nació, de padres piadosísimos, Juan Bosco, recibiendo al día siguiente las aguas saludables del Santo Bautismo.

Habiendo perdido el padre en tierna edad, pasó su primera infancia en la casa materna, en medio de la privación y de la pobreza.

La madre, insigne por sus virtudes y verdadero modelo de educadoras, supo infiltrar en su hijo sentimientos profundamente cristianos,

Instruído en los primeros rudimentos de las letras por su propio párroco, frecuentó luego las Escuelas de Castelnovo y más tarde las de la ciudad de Chieri. Y en todas partes se comportó como alumno ejemplar, a pesar de las dificultades que le producía su pobreza, pues tenía que subvenir a sus gastos, con el ejercicio de diversos oficios y profesiones, como labrador, dependiente, aprendiz, y otros pesados trabajos.

Cumplidos los 20 años, vistió el hábito clerical, e ingresó en el Seminario Arzobispal de Chieri, gracias a la ayuda y a los consejos del Beato Cafasso, a quien siempre profesó profunda estima y obediencia.

En este Seminario, se entregó con entusiasmo a los estudios de la Filosofía y de la Teología, y después, una vez sacerdote, prosiguió por tres

años los estudios de Teología Moral y Sagrada Elocuencia en el Colegio Eclesiástico de San Francisco de Asís, en Turín.

Finalmente, en el año 1841, ordenado sacerdote, la *Vispera de la Sma. Trinidad*, celebró su Primera Misa en la Iglesia de S. Francisco de Asís, de Turín, con el mayor recogimiento y sin ostentación alguna; y para la fiesta del Corpus Christi cantó solemnemente la Misa en Castelnuovo, en medio de sus compatriotas, que asistían a la hermosa función profundamente conmovidos.

Novel sacerdote, durante cinco meses desempeñó el cargo de vicario en Castelnuovo, con admirable celo y caridad ejemplar; pero el Espíritu del Señor estaba en él, y le llamaba providencialmente a cultivar una porción más vasta de su viña.....

Habiendo entrado en el Colegio Eclesiástico de San Francisco de Asís, en Turín, escogió como guía y consejero de su alma al Beato Cafasso, y bajo su acertada dirección, se dedicó al ejercicio del sagrado ministerio, visitando las cárceles y hospitales, en donde cosechaba preciosos y abundantes frutos. Era sobre todo constante en oír las sagradas confesiones, y todo lo que hacía y decía en el santo tribunal, se dirigía únicamente al mayor bien de las almas. Se propuso como modelo a San Francisco de Sales, intentando, con la imitación de su paciencia y mansedumbre, atraer los pecadores a Dios y a sentimientos de verdadera penitencia.

No perdonó sacrificio con tal de conseguir tan santos fines; hasta tal punto que, para poder confesar a los soldados alemanes, se dedicó al estudio de su lengua, y en poco tiempo y con admirable perseverancia, consiguió su objeto. Para hacerse entender de los rústicos e ignorantes, empleó todo su ingenio en exponer en forma amena y agradable la ciencia apologética e histórica. Además, ya desde aquellos días, no abandonó nunca el deseo de hacer bien a los niños y jovencitos, que, privados de toda educación e instrucción cristiana, vagaban por las calles y plazas, alejados de Dios y de las sendas de la verdad y de la justicia.

A partir de la festividad de la Inmaculada del año 1841, empezó a reunir en la iglesia de San Francisco de Asís, de Turín, a numerosos jovencitos, atrayéndolos admirablemente con sus buenas maneras y admirable paciencia. Y de este modo nació el primer Oratorio, que el Siervo de Dios, por su gran humildad y devoción a San Francisco de Sales, llamó « salesiano ».

La incipiente obra se vió bien pronto blanco de toda suerte de dificultades que tendían a hacerla desaparecer. Pero aquí estaba el dedo de Dios. Trasladado el primer Oratorio de su primera sede al Hospital de Santa Filomena, de aquí a San Pedro in Vinculis, luego a la casa Moretta, finalmente, en el mes de abril del año

1846, sentó sus reales en la pobre morada de un suburbio de Turín, llamado Valdocco.

Allí el siervo de Dios, con la protección divina y el visible auxilio de la Santísima Virgen, obró grandes maravillas.

El Oratorio, dedicado a San Francisco de Sales, fué favorecido con oportunos privilegios por el Arzobispo de Turín, y el mismo Rey Carlos Alberto lo tomó bajo su real protección y soberana tutela.

En poco tiempo se fundan otros oratorios semejantes al primero: el segundo, dedicado a San Luis se inauguró el año 1847; a los dos años se inauguró el tercero, dedicado al santo Angel Custodio; pasado algún tiempo, se fundó el cuarto, bajo la protección de S. José.

Y en ellos, el Siervo de Dios concibió y empleó un nuevo método llamado preventivo, para educar cristianamente a la juventud, teniendo presentes las máximas de San Felipe Neri.

Ayudado por su santa Madre, que, abandonando la aldea había acudido al lado de su hijo, fundó en su propia casa, en el año 1847, junto al Oratorio, un Instituto para recoger a los jóvenes abandonados, y educarlos en los sentimientos cristianos. De este Instituto, como de fructífera semilla, nacieron los innumerables Colegios e Institutos que hoy día dirigen tanto los Sacerdotes Salesianos, como las Hijas de María Auxiliadora.

Y a fin de que la obra que había concebido el Siervo de Dios en pro de la juventud, no pereciera con el transcurso del tiempo, después de aconsejarse con personas prudentes, especialmente con el Beato José Cafasso, y animado por nuestro Predecesor, de feliz memoria, Pío Papa IX, fundó el siervo de Dios la Pia Sociedad de Sacerdotes de San Francisco de Sales, y luego también la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora.

La Sociedad de San Francisco de Sales, nacida el año 1858, se desarrolló de manera, que la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares, en nombre de la Sede Apostólica, la alabó y encareció en el año 1864, nombrando como Superior General o Rector Mayor ad vitam al mismo Siervo de Dios, el cual, adaptándose a las exigencias de los tiempos, redactó las Reglas o Constituciones, que fueron aprobadas, el año 1874 por la citada Sagrada Congregación Romana, después de cinco años de la Aprobación de la misma Pia Sociedad.

En el año 1872 el Siervo de Dios fundó otro Instituto, el de las Hijas de María Auxiliadora, las cuales, mediante los votos de pobreza, castidad y obediencia, habían de dedicarse a la educación de las niñas, a imitación de los Salesianos.

Para robustecer y difundir ambas instituciones, Juan Bosco tuvo que pasar por grandes trabajos, soportando las dificultades con alegría

y fortaleza, y sufriendo con paciencia toda suerte de molestias y contrariedades.

¡Y no paró ahí su actividad!

Sino que, trabajador infatigable siempre que se trataba de la salvación de las almas, fundó en Turín, en Valsálce, un Seminario para la formación de sacerdotes misioneros, a los que envió a las últimas regiones de la América del Sur, a fin de iluminar con la luz de la fe y de la civilización cristiana a los pobres infieles que en aquellas inhospitalarias regiones moraban.

Finalmente, para acabar de enumerar las obras llevadas a cabo por el Siervo de Dios, baste recordar las Instituciones tanto de los Cooperadores Salesianos — que ayudan al desarrollo de las Obras Salesianas — como de la Obra de María Auxiliadora para promover

plar; amantísimo de la pobreza, no buscó nada para sí; estuvo siempre dispuesto al trabajo, en su afán de la salvación de las almas; fué prudentísimo en los más difíciles negocios, que emprendió hasta para el bien general de la Iglesia; dotado de sobriedad ejemplar, despreció las comodidades de la vida; en una palabra, dejó tantas cosas dignas de imitar no sólo a sus hijos sino también a todos los cristianos, que, aún en vida, era y, con razón, tenido por santo.

El día 31 de enero del año 1888 descansó piadosamente en el Señor.

Sus mortales despojos, fueron expuestos, primero en el cuarto donde murió; luego, revestidos con los ornamentos sacerdotales, en el templo de San Francisco de Sales, en donde se celebró el funeral, al cual asistieron devotísimamente



Por la tarde: El Papa se postra, conmovido, a los pies del nuevo Beato.

las vocaciones eclesiásticas, y asimismo las Iglesias edificadas por el siervo de Dios con limosnas recogidas en todo el mundo, entre las cuales nos place recordar la que edificó aquí en nuestra alma Ciudad, la Basilica Parroquial dedicada al Sdo. Corazón de Jesús, en el Castro Pretorio, y el Santuario erigido en Turín a María Auxiliadora.

Y todas estas obras las llevó a dichoso término este Siervo de Dios, porque trabajaba no para su lucro o satisfacción personal, sino únicamente para la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas.

Hasta su muerte trabajó con constancia en las obras emprendidas, dando luminoso ejemplo de todas las virtudes; sobresaliendo por su fe inquebrantable y cristiana fortaleza y por el ardiente amor a Dios y a su Santísima Madre; fué devotísimo del Romano Pontífice y de esta Santa Sede, a pesar de las dificultades de los tiempos; supo renunciar a sí mismo con una humildad ejem-

más de cien mil personas: Obispos del Piamonte, Canónigos, Párrocos de todas partes de Italia, y una multitud de alumnos de los Colegios, venidos aún de las diócesis de Francia y de Suiza, para asistir a los funerales.

Fuó depositado su cadáver en el Seminario de Misiones de Valsálce, y ha sido siempre aquel lugar la meta de infinitos peregrinos, conmovidos y atraídos por la fama de santidad y celestiales carismas de que el Siervo de Dios, estaba dotado. Y esta opinión de santo en que era tenido Juan Bosco, lejos de entibiarse con el transcurso del tiempo, se iba haciendo más pujante cada día. Por lo cual se empezó a tratar en la Sagrada Congregación de Ritos la causa de Beatificación del siervo de Dios, y nuestro predecesor Pío P. X en virtud de un decreto del 24 de julio del año 1907, ordenó la Introducción de la Causa.

Llevadas a cabo con toda escrupulosidad las pruebas de la heroicidad de las virtudes del

Servo de Dios, Nos, con el solemne Decreto del 20 de febrero del año 1927, sancionamos que el Venerable Servo de Dios Juan Bosco, ejerció las virtudes en grado heroico.

Habiendo empezado a tratar luego de los milagros llevados a cabo por Dios, mediante su intercesión, después de ponderar con severísimo juicio todas las circunstancias, habiendo juzgado estudiados y absolutamente verdaderos dos de los muchos milagros llevados a cabo después de la muerte del Servo de Dios, Nos, con otro Decreto, el día 19 de marzo del presente año 1929, declaramos que constaba su veracidad.

Habiendo, pues, dado ya la sentencia sobre las virtudes y milagros, faltaba sólo por discutir si el Vble. Servo de Dios podía, con seguridad ser incluido entre los celestes bienaventurados.

Esta duda nos fué propuesta por nuestro dilectísimo hijo Alejandro Verde, Cardenal de la Santa Romana Iglesia, Ponente de la Causa, en la Congregación General habida en Nuestra presencia, el día 9 del mes de abril del presente año, y todos los presentes, tanto los Cardenales como los Consultores de los Sagrados Ritos, unánimemente dieron su respuesta afirmativa. Pero Nos, por tratarse de cosa de tanta importancia, no quisimos dar nuestro parecer hasta haber pedido ayuda al Padre de las luces, con fervorosas peticiones. Habiéndolo hecho así, finalmente, el tercer domingo después de las fiestas de Pascua de este mismo año, después de celebrar el Sacrificio Eucarístico, y estando presentes nuestros amados hijos S. E. R. el Card. Camillo Laurenti, Prefecto de la Congregación de Ritos, S. E. R. el Cardenal Alejandro Verde, Ponente de la Causa, Angel Mariani, Secretario de la Congregación de Ritos, y Carlos Salotti, Promotor de la Santa Fe, declaramos que podía procederse con seguridad a la solemne Beatificación del Vble. Servo de Dios Juan Bosco.

Y siendo esto así, cumpliendo los deseos de toda la Sociedad de Sacerdotes de San Francisco de Sales, y de la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, y de todos los Cooperadores y alumnos Salesianos, con Nuestra Apostólica Autoridad damos facultad, a tenor de las presentes Letras, para que el Vble. Servo de Dios Juan Bosco, sacerdote secular de Turin, sea llamado en lo sucesivo con el nombre de Beato. Y que su cuerpo y reliquias, pueden proponerse a la veneración de los fieles — más no sacralas en públicas procesiones — y su imagen pueda ser decorada con la aureola....

Además, con Nuestra Autoridad Apostólica, concedemos que se pueda recitar su Oficio y Misa, todos los años, tomándolo del Común de Confesores no Pontífices, con oraciones propias, por Nos aprobadas, según las Rúbricas del Misal y del Breviario Romano.

La recitación de este Oficio y la celebración de la Misa, la concedemos únicamente para la

arquidiócesis de Turin, en la que nació y murió el Vble. Servo de Dios; y además en los templos y capillas de todo el mundo que pertenecen a la Sociedad de Sacerdotes de San Francisco de Sales o a la Congregación de las Hijas de María Auxiliadora, para todos los fieles que están obligados a recitar el divino Oficio; y por lo que a las Misas se refiere, para todos los sacerdotes tanto regulares como seculares, que acudiesen a las Iglesias en que la fiesta se celebra.

Finalmente concedemos facultad de celebrar las solemnidades de la Beatificación del Vble. Servo de Dios Juan Bosco, en los templos arriba indicados, y en los días que la legítima autoridad señalare, dentro del año, servatis servandis, después que se hubieren celebrado las solemnidades en la Patriarcal Basílica Vaticana, sin que a ello se opongan las Constituciones y Ordenaciones Apostólicas y los Decretos de non cultu promulgados, y cualesquiera otras cosas en contrario.

Queremos, además, que aún con los ejemplares impresos de la presente, mientras estén firmados por mano del Secretario de la referida Congregación de Sagrados Ritos, y lleven el sello del Prefecto, tengan la misma autoridad, aún en las disputas judiciales, que la que tendría la expresión de nuestra Voluntad, con la exhibición de la presente.

Dado en Roma; junto a San Pedro, bajo el anillo del Pescador, el día 11 del mes de junio del año 1929, octavo de nuestro Pontificado.

P. Card. GASPARRI, Secret. de Estado.

Pocas personas oían el precioso documento; pero todos aquellos miles de almas lo intuían y con el corazón palpitante de emoción y los ojos fijos en la maravillosa gloria de Bernini, en cuyo centro un velo ocultaba todavía la imagen gloriosa del nuevo Beato, parecían querer adelantar el suspirado momento.

Terminó finalmente la lectura del Decreto; el órgano empieza a preludiar el *Te Deum* y en aquel instante cae el velo que cubría la Gloria del Beato, que aparece rodeado de centenares de luces y potentes reflectores. El momento es de un efecto inimaginable. Todos aquellos miles de corazones laten con violencia; de todos los ojos se desprenden dulces lágrimas de consuelo, amor y veneración; todas las manos se unen en un aplauso cuya intensidad crece, se agiganta, toma las proporciones de una fragorosa tempestad, y que durante varios minutos da desahogo a los afectos de tantos corazones. El mismo personal del Vaticano y los

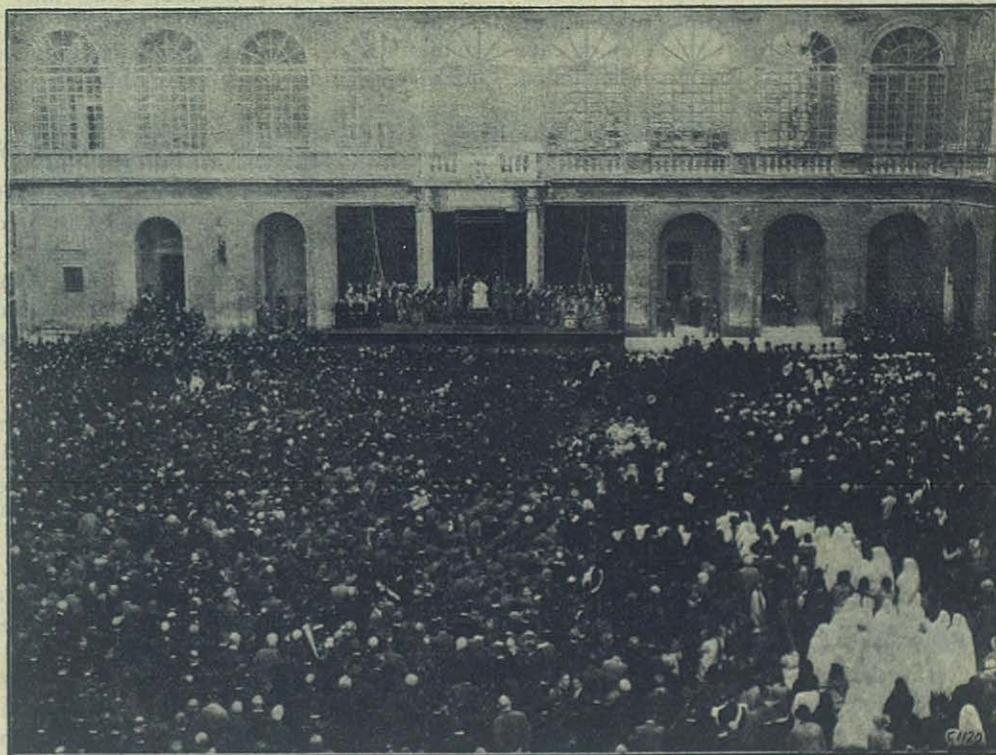
frecuentadores habituales de estas ceremonias se sienten profundamente conmovidos y dicen que no recuerdan un momento tan emocionante.

Después de este primer desahogo sigue el canto del *Te Deum* que el público corea con entusiasmo y terminado el cántico de acción de gracias, el Celebrante por vez primera hace oír el Oremus en el que se imploran las bendiciones de Dios por intercesión del nuevo Beato.

La Bajada del Papa.

Si por la mañana había sido grande el entusiasmo e incontable la muchedumbre, por la tarde el entusiasmo y la muchedumbre aumentaron; el Papa había de bajar en forma solemne a la Basílica para venerar al nuevo Beato, y todos los hijos querían ver al Padre y participar de su consuelo y alegría.

A pesar del gran número de guardias



La gran familia Salesiana recibida por S. S. en el patio de S. Dámaso.

En seguida empieza el grandioso Pontifical, ejecutando la Capilla Julia una solemnísimas Misa a seis voces del Maestro de la misma Capilla.

Durante toda la ceremonia los ojos no se apartan de la efigie del Nuevo Beato, representado en acto de remontarse, elevado por los ángeles, hacia la gloria del Cielo.

A las doce dadas y cuando, terminadas las funciones sagradas, se fué apagando la grandiosa iluminación, el público fué desfilando para tomar un poco de alimento y volver cuanto antes a la Basílica para las funciones de la tarde.

italianos y pontificios que en diversos sitios regulaban la entrada, la muchedumbre es tal, que resulta imposible evitar la aglomeración con las consiguientes molestias; pero todos las soportan resignados, con la esperanza de la vista consoladora que esperan.

Sesenta mil personas con el billete personal llegan a entrar en el Vaticano. Un mayor número queda en la inmensa plaza de San Pedro, que parece cubierta como de una capa de hormigas humanas que le dan un aspecto de extraordinaria animación.

En el interior el aspecto es todavía más deslumbrador que por la mañana. El pú-

blico más compacto, las tribunas más llenas, el cuerpo diplomático casi completo. Los Obispos son más de cien; 26 son los Cardenales.

Larga es la espera pues el público ha acudido con gran anticipación. El Papa para complacer al mayor número ha de entrar por el fondo y no por el centro de la Basílica.

Se ilumina nuevamente la gloria del Beato. El momento culminante se acerca; resuenan los primeros aplausos. Es el cortejo Pontificio que se aproxima. Guardias suizas, guardias nobles, Monseñores, Caballeros de capa y espada, Cardenales..... Una procesión única.

Cuando la muchedumbre vislumbra la figura del Papa que en el atrio de la Basílica acaba de subir a la silla gestatoria, no puede contener el entusiasmo; vivas, aplausos, pañuelos y sombreros que se agitan, lágrimas: la ovación crece, se agiganta; a medida que los diversos sectores de la Basílica ven aparecer la majestuosa figura del Papa, se forman como nuevos ríos de entusiasmo que van a aumentar aquel mar ya desbordante, alcanzando el máximo cuando el Papa llega al crucero, haciéndose así visible a toda la muchedumbre; gritos, aplausos, saludos, todo aumenta, y tras breve tregua se renueva con mayor intensidad. Y en tanto el Padre de la Cristiandad pasa en hombros de los que le llevan, sonriente, bendiciendo, hondamente conmovido.

Llegado al Presbiterio desciende de la silla gestatoria y se postra ante la gloria del Beato, deteniéndose en largo coloquio de oración con aquel mismo con quien un día compartiera pan y techo.

Se expone el Smo. Se canta el himno del nuevo Beato y el Arzobispo salesiano Mons. D'Aquino Correa da la trina bendición con S. D. M. Terminadas las sagradas funciones se acerca a Su Santidad el Superior General de la Congregación Salesiana, y le ofrece el precioso relicario con una reliquia insigne del Beato, que el Papa agradece grandemente. También le es presentado el anciano salesiano D. Juan Bta. Francesia, de 91 años de edad, que vivió con el Beato desde el año 1850 hasta el 1888 y que asiste con emoción especialísima a la Beatificación.

Terminados los saludos y ofrecimientos, el Papa vuelve a subir a la silla gestatoria y en la misma forma de antes reproducién-

dose con más intensidad si cabe, las manifestaciones de cariño y entusiasmo, atravesada de nuevo la Basílica para volver a sus habitaciones. Son las siete de la tarde.

Poco a poco el inmenso público va abandonando la Basílica. Rios de gente se forman en la gran plaza que se va llenando a pesar de su inmensidad, hasta parecer bien pronto un inquieto mar de cabezas humanas. El Papa se asoma a una ventana para gozar del raro espectáculo; pero, dada la distancia, su presencia no es notada, tanto más que la atención del público es atraída por las maniobras de la gran iluminación, que empieza enseguida a ser encendida.

La iluminación.

Inútil querer dar una idea del fantástico espectáculo. Todas las líneas arquitectónicas de la Basílica, cúpula y fachada, son siluetadas por luces de dos clases: velas encerradas en vasos de papel transparente, y recipientes llenos de sebo y gruesas mechas que producen una llama rojiza y centelleante, de un efecto extraordinario. 430 hombres encienden entre emocionantes acrobatisms las ocho mil y pico de luces.

Dos momentos tiene la iluminación: la encendida progresiva de las pequeñas luces y la rápida, casi contemporánea de los grandes recipientes de sebo y mecha.

Toda Roma, aprovechando la placidez de la noche primaveral acude a ver el magnífico espectáculo. La circulación de la plaza está asegurada por un completo servicio de orden y sin cesar da entrada y salida a una multitud interminable. Las hermosas colinas que rodean la Ciudad Eterna, y los sitios estratégicos se ven cubiertos de público que admira el espectáculo desde lejos.

Por ser, además, fiesta nacional, muchos edificios de la ciudad lucen vistosas iluminaciones. Por todos conceptos resulta una noche de gran fiesta.

Sólo el cansancio, después de un día de tan grandes emociones, hace que el público, después de media noche, se vaya retirando para dar a los miembros el necesario descanso.

Pero aún entre sueños el alma sigue gozando con la dulce visión de las escenas del día que dejarán en ella imborrable recuerdo

La fornaboda.

Si el 2 de junio fué día de fiesta general, de goce y alegría para toda la Iglesia que vió elevado al honor de los altares a un nuevo Beato, el día 3 reservaba alegrías especiales a los Hijos de Don Bosco, a toda la inmensa falange que forma la familia salesiana. El Santo Padre quiso conceder una Audiencia especial a todos los elementos salesianos que habían acudido a la Ciudad Eterna para el fausto acontecimiento, para decirles palabras que habían de quedar como el más dulce recuerdo en todos los corazones.

apareció en el histórico Patio a los acordes del Himno Pontificio, toda la asamblea prorrumpió en entusiastas aplausos y en vivísimas e insistentes aclamaciones al Padre común. Restablecido el silencio la *Schola Cantorum* del Colegio de Roma entonó las aclamaciones en honor del Sumo Pontífice y la *Schola* de la Crocetta de Turín ejecutó un solemnisimo *Oremus Pro Pontifice*.

En seguida el Rector Mayor de los Salesianos, P. Rinaldi leyó un devoto y filial discurso de acción de gracias y de homenaje al Santo Padre. Y apenas hubo terminado se acercó al Trono Pontificio para besar el Pie



Don Felipe Rinaldi, después de leer el discurso, se postra ante el Santo Padre que lo entretiene en cariñoso coloquio.

La gran reunión fué convocada en el grandioso patio de San Dámaso del Palacio Vaticano. Allí acudieron los Superiores salesianos y de las Hijas de María Auxiliadora con todos sus alumnos y exalumnos, cooperadores y cooperadoras presentes en la Ciudad Eterna. De 15 a 20 mil personas se congregaron en el grandioso patio. Asistieron también a la Audiencia los Emmos. Sres. Cardenales Gasparri, Vidal y Barraquer de Tarragona, Gamba y el salesiano Hlond con más de 30 obispos y un gran número de prelados. Prestaban servicio de honor la Banda de la Guardia Palatina y otras dos bandas de los Colegios Salesianos de Roma y de Turín.

Cuando a eso de las 6 el Santo Padre

de Su Santidad, pero éste no lo permitió y se entretuvo unos minutos con él en afectuoso coloquio mientras la multitud prorrumpió en una entusiasta ovación.

Al ver que el Papa se disponía a hablar un religioso silencio dejaba oír los latidos de los corazones y el Santo Padre con voz fuerte y sonora empezó: «*Alabado sea Jesucristo*» y cuando todo el auditorio hubo contestado «*Sea para siempre bendito y alabado*», continuó:

Hora solemne.

«*Horas hermosas, solemnes, gloriosas se han vivido en este ambiente que bien puede llamarse famoso en todo el mundo, aún sin referirse más que a las que la Divina Bondad nos concedió*

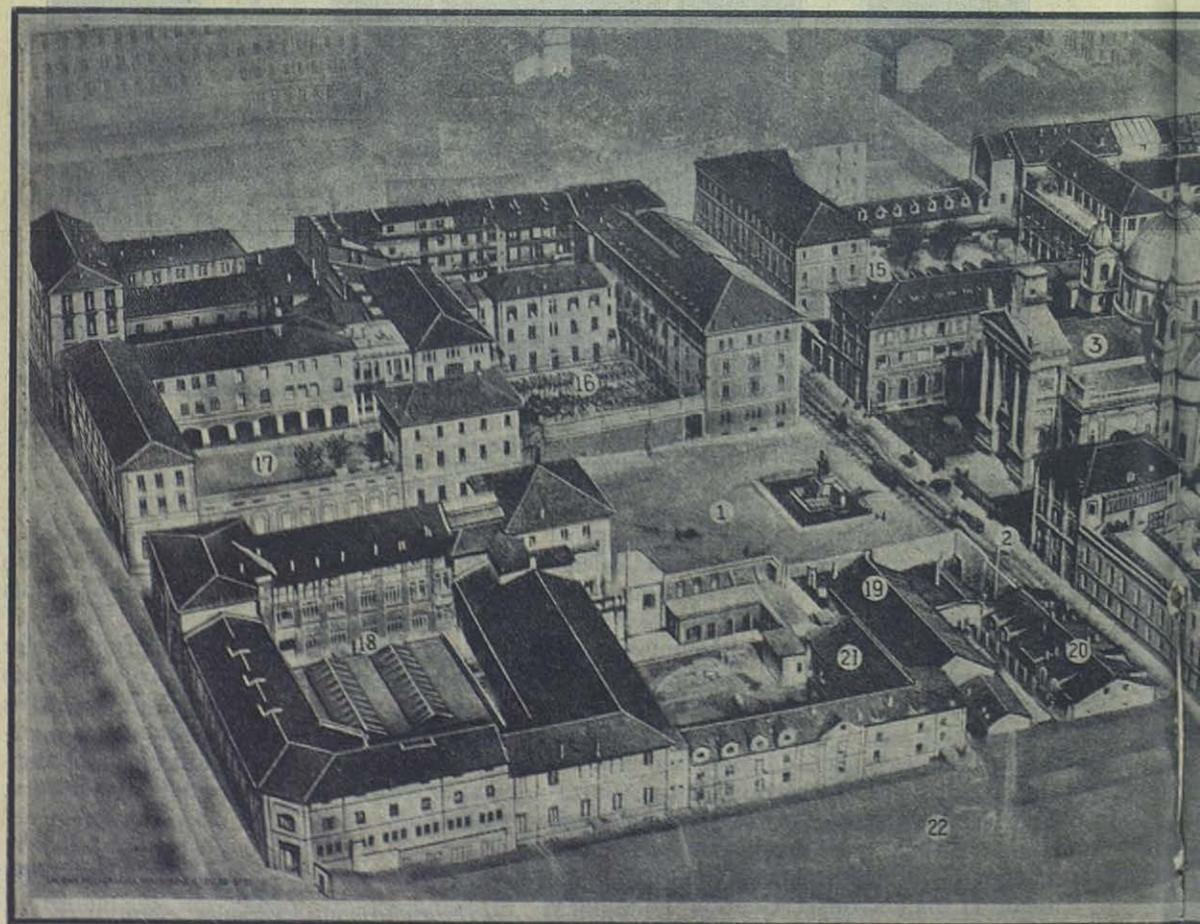
asistir sobre todo durante el año Santo y en otras circunstancias. Pero raras veces hemos podido contemplar lo que en estos momentos vemos y contemplamos:

Una tan grande muchedumbre de escogidos hijos del Papa y de la Iglesia, tanta gloria y tanta alegría de verdadera caridad, tanto entusiasmo de piedad filial, tantas demostraciones de fe, de verdadero amor a la Santa Iglesia, a esta antigua Santa Romana Iglesia, Madre de todas las Iglesias y al Vicario de Jesucristo Padre de las almas, Padre común de todos los creyentes. Y todo esto en el nombre ya tan augusto y glorioso en todo el mundo, en el nombre de Don Juan Bosco, que no sólo ha alcanzado la gloria terrena y mundial sino la celestial y eterna, en el nombre y en la Gloria del Beato Don Juan Bosco (Aplausos).

Vosotros, amados hijos, sabéis, saben muy bien todos los presentes, cómo participamos con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma a

vuestra gloria y a vuestro regocijo; porque también Nos (ya lo hemos repetido muchas veces y siempre con gran consuelo) nos contamos, no sólo entre los admiradores de Don Bosco sino que, por especial gracia de Dios, nos contamos en el número de los que lo han conocido personalmente, de los que de él recibieron afectuosas y paternales muestras de benevolencia y estamos por decir de paternal amistad, como era natural que fuera entre un veterano glorioso del sacerdocio y del apostolado católico y un joven sacerdote, joven entonces, que ahora ya lo veis envejecido y que vosotros habéis venido a consolar con vuestras demostraciones de piedad filial (Grandes aplausos).

Os damos por ello las más rendidas gracias, amadísimos hijos, y tenemos la convicción de que habéis tomado parte a nuestro Jubileo Sacerdotal en manera infinitamente más importante que con estos a su vez tan gratos aplausos, con vuestras oraciones, por las cuales os damos



1. Plaza de María Auxiliadora. — 2. Calle Cottolengo. — 3. Santuario de María Auxiliadora. — 4. Primitiva Iglesia del internado. — 9. Clases y estudios de los estudiantes. — 10. Nuevo pabellón para talleres. — 11. Clases y dormitorios. — 16 y 17. Casa de las Hijas de M. A. — 18. La grande Editorial S. E. I. donde se imprime el *Boletín Salesiano*. —

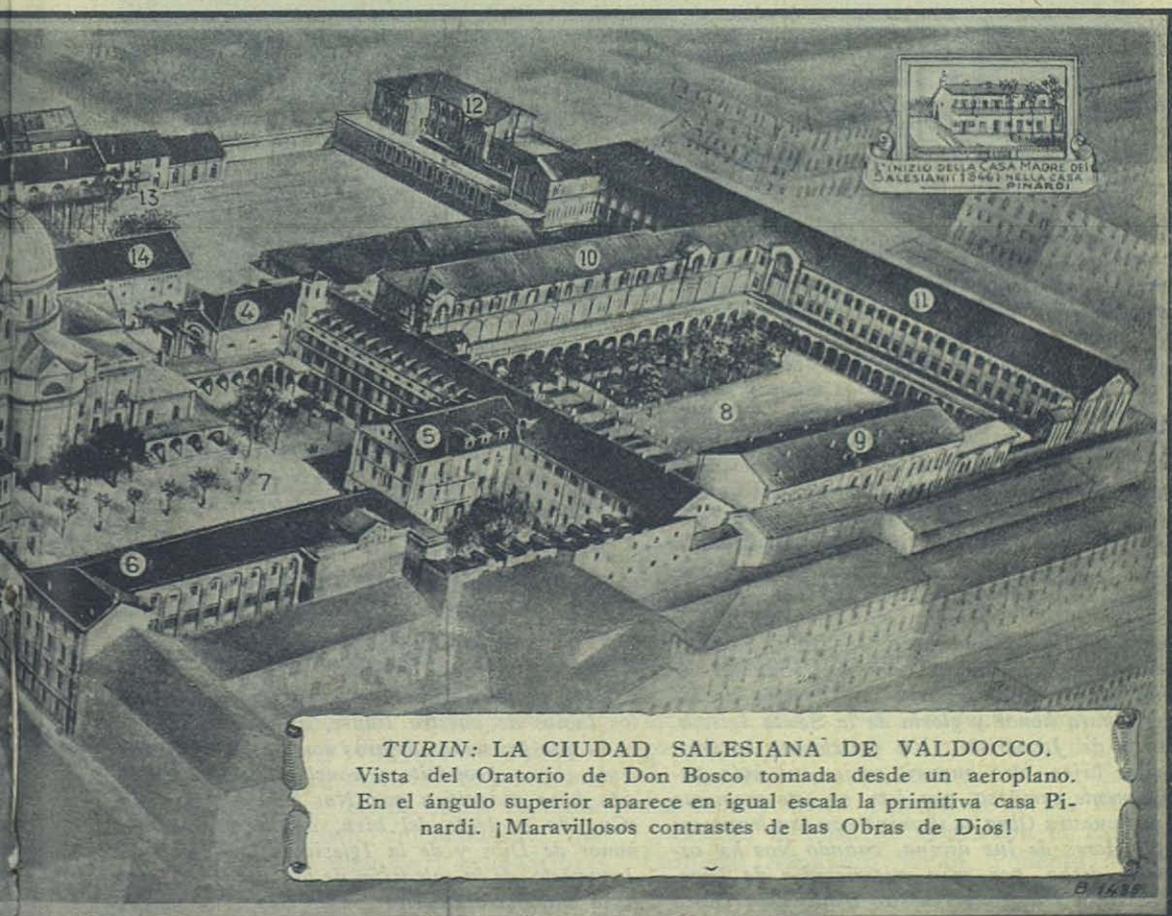
especiales gracias. Y nos produce especial satisfacción, al evocar tan gratos recuerdos, ver en derredor nuestro a los veteranos de los alumnos salesianos, a los obreros de la primera hora, de aquella primera hora que es siempre más difícil y más ardua, cuando se trata de empezar los surcos y de arrancar a tierras todavía incultas los primeros frutos de un cultivo primitivo. ¡Gloria y honor a vosotros, antiguos soldados de la Institución Salesiana, a vosotros, primeros compañeros del Beato Juan Bosco!

Y sed bienvenidos también todos vosotros, congregados de todas las partes del mundo para hacer más grandiosas y solemnes las primicias de veneración a vuestro, o mejor dicho a Nuestro glorioso Beato, que Nos por gracia de Dios hemos podido elevar al honor de los altares. Y no sólo nos habéis hecho gustar más vivamente con vuestra presencia esta elevación a los honores de los altares, sino que nos habéis hecho también más vivamente sentir y gustar aquella paternidad

universal que la Divina Providencia quiso, en su bondad y en sus inexcusables designios, confiar a nuestro pobre corazón. Nunca como en estos momentos en que vemos alrededor nuestro almas tan fervorosas y llenas de caridad cristiana, reunidas de todas las partes del mundo, sentimos ser verdaderamente el Padre de todos los creyentes, de toda la gran familia católica, que vosotros representáis tan dignamente, tan grandiosamente; que vuestra sola presencia constituye un testimonio elocuentísimo de los méritos del Beato Juan Bosco y de la fecundidad y mérito de su Obra.

La gran familia salesiana.

Cuando pensamos que vosotros, salesianos y salesianas, alumnos y alumnas, exalumnos y cooperadores, prelados, obispos y cardenales no sois más que una representación, una débil representación de la muchedumbre que, en espí-



TURIN: LA CIUDAD SALESIANA DE VALDOCCO.
Vista del Oratorio de Don Bosco tomada desde un aeroplano.
En el ángulo superior aparece en igual escala la primitiva casa Pinardi. ¡Maravillosos contrastes de las Obras de Dios!

Iglesia de San Francisco. — 5. Habitaciones de Don Bosco. — 6. Edificio del Capítulo Superior. — 7 y 8 Patios interiores. — 12. Lavaderos y ropería. — 13. Oratorio Festivo. — 14. Teatro interno. — 15. Antiguos talleres. — 19. Sucursal de la Parroquia. — 20. Hospedería. — 21. Almacenes. — 22. Lugar del célebre Prado Filippi.

ritu, como en grande visión apocalíptica vemos tras de vosotros, en medio de vosotros, nuestro espíritu se siente verdaderamente arrebatado de admiración y de alegría. ¿Cuántos son los hijos de Don Bosco y los que participan de su Obra? Aún contando sólo los actuales, son millares y millares: los salesianos de ocho a nueve mil y las beneméritas Hijas de María Auxiliadora de siete a ocho mil. Y ¿cuántos son los alumnos salesianos? Esta pregunta la contestaremos con la misma respuesta que Nos acaba de dar vuestro Superior Mayor, a quien hace unos momentos preguntábamos si podía darnos, al menos con alguna aproximación, el total de los alumnos salesianos en la actualidad; y modestamente nos contestó que no lo sabía, que no podía darnoslo. He aquí una hermosa muestra de modestia, que resulta al mismo tiempo una soberbia afirmación, pues equivale a decir: Son tantos que ni siquiera sabemos cuántos son.

La educación cristiana.

Nos congratulamos con vosotros, amadísimos hijos, en cualquier lugar, en cualquier oficio en cualquier grado, hasta el más humilde, os encontréis de esta grande familia, de este glorioso ejército, verdadera defensa del bien y de la verdad. Cuando se considera el valor de una sola alma, cuando se piensa qué tesoro es una sola educación cristiana, educación cristiana como la entendía Don Bosco o sea, profunda, completa, exquisitamente cristiana y católica; cuando se piensa en este tesoro multiplicado por tan gran número de secuaces y de medios, se prueba verdaderamente un grande sentimiento de alegría y de gratitud hacia Dios, que sabe suscitar obras tan grandes, y mantenerlas vivas y hacerlas prosperar en este mísero mundo, en donde es siempre tan pertinaz la lucha del mal contra el bien, del error contra la verdad cristiana. Nos congratulamos con todos y cada uno de vosotros, amados hijos; con toda la grande familia salesiana y en esta contemplación consoladora de un pasado tan fecundo de bien encontramos la seguridad prometedora de un porvenir siempre más espléndido, siempre más rico de frutos espirituales, para la gloria de Dios, para la extensión y consolidamiento del Reinado de Cristo, para la salvación y santificación de las almas, para honor y gloria de la Santa Iglesia, Esposa de Jesucristo. No podríamos hacerlos, amados hijos, otro augurio mejor, ni más paternalmente cariñoso, que éste, en este momento en que vuestra Obra se ilumina con tan hermosos resplandores de luz divina, cuando Nos ha cabido la dicha, por gran misericordia de Dios, de elevar a vuestro y Nuestro Beato Don Bosco al honor de los altares, levantando un borde del velo de oro que oculta a nuestras miradas los esplendores del Cielo, procurando dar a conocer

acá abajo algún destello de la grande gloria que le rodea allá arriba, justa recompensa de sus inmensos merecimientos.

Gloria patris, filii sapientes.

Pero a la gloria celeste tiene que corresponder la gloria terrestre y vosotros habeis venido aquí precisamente para establecer esta correspondencia mediante la expresión de la veneración mundial con que centenares de miles de almas invocan doquiera y veneran con vosotros al Beato Don Bosco. Pero vosotros teneis que pensar además que la gloria principal del Beato en esta tierra está en vuestras manos y depende de vosotros. No es nuestra la palabra que ahora pronunciamos sino de Dios: «Gloria patris filii sapientes». Vuestro Padre será glorificado con la mayor gloria que aún humanamente puede tributársele, si vosotros sabeis ser hijos sabios y dignos de tan gran padre; si sabeis como ahora, y siempre más y mejor, entender su espíritu y el de su Obra, para continuarla siempre mejor, como él quería, sin medir el trabajo (Nos mismo recordamos lo que él repetía como gloriosa divisa: Quien no sabe trabajar no es salesiano); sin regatear la dedición completa. (Nos parece todavía verlo con nuestros propios ojos), la abnegación de todo lo que se refería a su propia persona para cuanto pudiera contribuir al bien de las almas. Y Nos mismo recordamos las hermosas palabras que él, mirando hacia el porvenir con genial intuición, Nos decía cuando con él Nos congratulábamos por haber visto cosas tan hermosas en su Casa, en sus talleres, en sus escuelas. Y tened en cuenta que no se trataba del bien en sí mismo, sino de los medios para hacer el bien, en los cuales él se adelantó a los tiempos con la seguridad de una felicísima inspiración. A nuestras palabras de complacencia, él, que como ya sabeis, hablando de sí mismo se expresaba siempre en tercera persona, contestó: «Cuando se trate de algo que se refiera a la causa del bien, Don Bosco quiere ir siempre a la vanguardia del progreso».

El fruto de la Beatificación.

Esta palabra que Nos recogimos un día de los labios de vuestro Padre, amadísimos hijos, es la que pensamos dejaros como recuerdo, como fruto, como propósito y conclusión práctica de esta hora magnífica que Nos habeis procurado. ¡Cuando se trate del bien, de la verdad, del honor de Dios y de la Iglesia, del Reinado de Jesucristo, de la salvación de las almas, siempre a la vanguardia del progreso! Sea este vuestro santo y seña, sea el acicate continuo que os anime a adelantar siempre animosos por los gloriosos caminos por los que os incitan a caminar la

palabra, el ejemplo y ahora la intercesión del Beato Juan Bosco.

Con esta magnífica visión del pasado y pre-visión del porvenir os impartimos la Apostólica Bendición; todas las bendiciones que habeis venido a pedir al Santo Padre en tan hermosa circunstancia, a todos y a cada uno, niños y mayores, para todas las personas y cosas queridas a vuestro corazón, sobre todo y sobre todos, descienda nuestra paternal bendición y permanezca siempre ».

El triduo de Roma en honor del Beato.

Los días 4, 5, y 6 de junio fueron dedicados al solemnísimos Triduo en honor del nuevo Beato, que se celebró en la Basílica Salesiana del Sagrado Corazón de Jesús, una de las últimas Obras llevadas a cabo por el mismo Beato, por encargo especial de Su Santidad León XIII.



Por la noche del gran día la Basílica Vaticana aparece como una visión de cielo.

La Bendición del Papa.

Apenas terminado el conmovedor discurso, el Papa se levantó para impartir la Bendición Apostólica. Toda la imponente asamblea, conteniendo a duras penas su entusiasmo, recibió la bendición en actitud reverente y piadosa; pero apenas pronunciada la fórmula sagrada, prorrumpió en aplausos y aclamaciones interminables, mientras el Papa, bajando del trono y rodeado de los cardenales y obispos, se adelantó hasta el borde del estrado, recorriéndolo todo, saludando y bendiciendo repetidamente a la entusiasta muchedumbre que lo aclamaba. Y los aplausos y aclamaciones continuaron aún cuando el Papa se hubo retirado, no acertando los presentes a dejar un lugar donde habían probado tan hondas emociones.

El día 4 celebró la Misa de Comunión el Superior General de los Salesianos, Don Felipe Rinaldi; pontificó la Misa solemne el Cardenal Gamba, Arzobispo de Turín; por la tarde dijo el panegírico del Beato el salesiano Mons. Luis Olivares, Obispo de Nepi y Sutri. El día 5, la misa de Comunión General fué celebrada por el Emmo. Cardenal Laurenti, Prefecto de la Sagrada Congregación de Ritos; el Pontifical de las 10 estuvo a cargo del Cardenal Luis Capotosti y el panegírico de la tarde lo dijo con su arrebatadora elocuencia Mons. Carlos Salotti, Promotor General de la Fe. El día 6 celebró la Misa de Comunión el Emmo. Cardenal Alejandro Verde, Ponente de la Causa; a las 10, celebró Misa solemne Pontifical el Cardenal Salesiano Mons. Augusto Hlond, Primado de Polonia; el panegírico de la tarde estuvo a cargo del Emmo. Car-

denal Gamba, Arzobispo de Turín e impartió la Bendición con S. D. M. el Emmo. Cardenal Pedro Gasparri, Secretario de Estado de Su Santidad y Protector de la Pía Sociedad Salesiana.

Todo contribuyó al esplendor de este Tríduo, que resultó un grandioso homenaje que la ciudad de Roma tributó al nuevo Beato. La Basílica del Sagrado Corazón luciendo sus mejores galas y una espléndida iluminación tanto interna como externa; la magnificencia de las sagradas funciones que se desarrollaron con todo el esplendor de la liturgia católica; los cantos ejecutados por grandes masas polifónicas con extraordinaria perfección; los altísimos personajes que oficiaron y asistieron a las sagradas funciones; la multitud que llenaba el espacioso templo y todas sus adyacencias; todo fue digno del homenaje que la Ciudad Eterna quiso rendir al grande fundador, al educador insigne, al paladín esforzado de la Iglesia y del Vicario de Jesucristo.

Colocación de la primera piedra de la Obra Pío XI.

Para que nada faltara a un conjunto tan solemne y grandioso, uno de los números de las fiestas de la Beatificación en Roma fué la colocación de la primera piedra de la monumental *Iglesia de María Auxiliadora*, que forma parte del nuevo grandioso edificio que, como homenaje a Su Santidad Pío XI en su año jubilar, la Congregación Salesiana está levantando en la ciudad de Roma. El conjunto de patios y edificios ocupará un área de 40.000 metros cuadrados y comprenderá tres obras principales: *Un internado* con todos los adelantos modernos para la enseñanza de Artes y Oficios, capaz para unos 400 alumnos; un *externado con Oratorio Festivo* y todas las obras complementarias, y la grande *Iglesia de María Auxiliadora*, que será un centro de difusión de vida cristiana, para el nuevo barrio que se está formando alrededor de la Vía Tusculana. La nueva Iglesia tendrá 75 m. de largo, 30 de ancho y 25 de altura alcanzando en el crucero una anchura de 40 metros.

Ofició el sagrado rito el Cardenal Vicario Emmo. Basilio Pompili, hallándose presentes los Emmos. Cardenales Cerretti, Gamba, Lauri y Hlond, varios obispos salesianos, nuestro Superior General con los demás miembros del Capítulo Superior y gran número de autoridades y personalidades de Roma, de Turín y del extranjero.

LAS JORNADAS DE TURÍN (del 9 al 16 de Junio).

Preparativos.

Si bien es verdad que la grandiosidad de los actos realizados en Roma, en la primera Basílica de la Cristiandad y en presencia del Santo Padre, no pueden ser igualados en parte alguna, con todo, las fiestas de Turín, se acercaron mucho a la grandiosidad romana y la superaron en amor, en entusiasmo y en afluencia de peregrinos.

Días de intensa actividad fueron los precedentes al segundo domingo de junio. La Casa Madre de los Salesianos estaba rebosante de salesianos de todas las partes del mundo, allí reunidos para rendir su tributo de amor al Padre a quien pronto iban a ver en la gloria del altar. Muchos habían llegado recientemente de Roma; otros, los más, venían con escuadrones de niños de todas las regiones de Italia y del extranjero.

Y la ciudad también se veía repleta de forasteros. Desde tres días antes hubo de suspenderse en las estaciones de Turín el despacho y recibo de toda suerte de mercancías porque los numerosos trenes especiales que llegaban a la capital del Piemonte apenas eran suficientes para trasportar a la multitud de peregrinos que deseaban asistir a los solemnes festejos.

Agréguese a esto los centenares de vehículos de toda clase y capacidad que traían los peregrinos de los pueblos comarcanos y de otras provincias, y se podrá tener una pálida idea de la gente que acudió a Turín en estos días para festejar al santo piemontés, al apóstol de la juventud.

Como para electrizar más a la gente y corresponder a su confianza y afecto, Don Bosco quiso mostrar desde aquellos días su valimiento sobrenatural, y fué precisamente en Valsálce, la víspera de su traslado, cuando quiso con un prodigio ostentar su gran poder, curando y devolviendo la vista a un niño casi ciego, que en brazos de su madre, aguardaba ansioso la dicha de visitar el cuerpo del Beato. Como éste, por razones fáciles de comprender, no se podía exponer a la pública curiosidad y devoción, madre e hijo, se dirigieron a la capilla del Colegio de Valsálce, y fué allí, ante un cuadro del Beato, donde se obró el



Después de cuarenta años, el nuevo Beato deja la paz de la tumba de Valsálce.

prodigio, pues de repente, el niño que antes no veía sino imágenes borrosas e imperfectas, exclamó en un arranque de alegría:

— ¡Mamá, mamá, ya veo, ya veo!

La voz del prodigio se extendió como un reguero de pólvora por toda la ciudad y a las primeras horas de la tarde ya era el tema obligado de todas las conversaciones.

La fiesta.

Así caldeados los ánimos, amaneció el día memorable de la traslación. Desde las cuatro de la mañana, sin cesar en todo el día, empezó la afluencia de devotos hacia los alrededores de la Basílica de María Auxiliadora, punto de cita de todo Turín, de todo el Piamonte, y de todo el mundo salesiano.

La multitud no cabía en la iglesia y para facilitar el cumplimiento del precepto se instalaron varios altares al aire libre en donde se decían misas sin interrupción; uno de ellos en la plaza de María Auxiliadora. Delante, una gran masa de devotos asistía con ejemplar compostura y recogimiento al santo Sacrificio, mientras el movimiento general de la plaza, con sus continuas ondulaciones y oleadas de gente seguía sin cesar...

Se erigió otro altar en uno de los patios interiores del Oratorio, sin contar las Misas que se iban diciendo en el templo de San Francisco de Sales, en la capilla Pinardi, en la Iglesia sucursal y en las habitaciones de D. Bosco.

En Valsálice.

A las primeras horas de la tarde nos trasladamos a Valsálice, para presenciar el comienzo del cortejo.

Las calles que debía recorrer la urna del Beato estaban ya tomadas por la fuerza pública, que impedía la circulación de toda suerte de vehículos y a ambos lados del Paseo Reina Margarita, en la plaza de la Catedral y en otros diversos puntos por los que debía desfilar la manifestación, se habían levantado grandes tribunas para el público, y pese al elevado precio de las localidades—desde 10 hasta 50 liras—estaban llenas de gente, que con toda paciencia aguardaba la hora de ver pasar el Santo. No menos maravilla causaban los que a ambos lados esperaban en pie, manteniéndose con una constancia maravillosa en su puesto, desde las dos

hasta las ocho de la tarde, sin dar muestras de cansancio, antes con creciente interés a medida que se aproximaba el ansiado momento.

Fué un problema el tener que atravesar el corto espacio que nos separaba de Valsálice, pero llegamos por fin allá cuando empezaba a movilizarse la comitiva.

Allí se encontraban ya la mayor parte de los Prelados salesianos que junto con el Card. Hlond quisieron acompañar el cuerpo del Beato durante todo el trayecto.

También quiso prestar este homenaje a D. Bosco el Emmo. Cardenal Gamba, Arzobispo de Turín, quien a pesar de instarle, atendida su edad y lo largo del trayecto, a que hiciera como los demás Príncipes de la Iglesia y autoridades, incorporándose al cortejo en la Catedral, insistió en quererlo acompañar desde Valsálice aduciendo como motivo, su relación especial con Don Bosco como exalumno y Arzobispo de Turín.

A las 2 y media D. Rinaldi da la orden de trasladar la sagrada urna al jardín del Instituto. El alto honor corresponde al grupo de Ex-Alumnos, que se disputan la preciosa carga.

Bajado de la habitación en donde se encontraba, el cuerpo del Beato es depositado en una riquísima urna, adornada con primorosa talla, ejecutada por los alumnos de las Escuelas Salesianas de San Benigno.

La urna es montada sobre un chasis ofrecido por la casa constructora, y adornado con toda magnificencia.

Los exalumnos, alrededor del glorioso cuerpo, dan escolta de honor.

Allí vimos, representando a las florecientes agrupaciones de sus lejanos países, a los delegados de España, Sres. Durán y De las Heras; de la Argentina, Prof. Amadeo P. Barousse, Mario Balbi y Pedro Ballerini; del Uruguay, Sres. Avelino Brena y Ponce de León.

Iban alegres y orgullosos de conducir la carroza y de formar corona alrededor del Padre.

La salida.

Se inicia la procesión. Abre la marcha la Banda de Música del Oratorio, seguida de los alumnos y exalumnos del Colegio de Valsálice. Luego el clero, en doble fila, precediendo a los Obispos Salesianos.



Imponente aspecto de la muchedumbre en la inmensa plaza "Vittorio Veneto".

La larga fila de Prelados, está compuesta por los Excmos. Mons. *Mederlet*, Arzobispo de Madrás, Mons. *Guerra*, Arzobispo de Verissa, Mons. *Coppo*, Obispo de Paleopolis, Mons. *Sak*, Vicario Apostólico del Alto Luapula; Mons. *Mathias*, Vicario Apostólico del Assam, Mons. *D'Aquino Correa*, Arzobispo de Cuyabá, Mons. *Olivares*, Obispo de Nepi, Mons. *Comin*, Vicario Apostólico de Méndez y Gualaquiza; Mons. *Couturon*, Administrador Apostólico del Registro de Araguaya, en Brasil; Mons. *Emmanuel*, Obispo de Sabina, Mons. *Jara* Vicario Apos-



El estandarte y las dos banderas españolas, que, escoltadas por numeroso grupo de peregrinos, formaron en el cortejo.

tólico de Magallanes y Mons. *Munerati*, Obispo de Volterra.

Cierra la larga fila de Obispos salesianos el Emmo. Cardenal *Augusto Hlond*, Primado de Polonia, que precede inmediatamente la urna del Beato.

Detrás de esta avanza el Emmo. Cardenal Gamba, Arzobispo de Turín, con numeroso séquito formado por el clero de su arquidiócesis.

A ambos cardenales les dan vistosa escolta los Caballeros del Santo Sepulcro, Caballeros de la Orden de Malta y de la Orden de San Silvestre, todos con sus riquísimos y vistosos uniformes, que compiten en magnificencia con las púrpuras de los Cardenales.

Alrededor de D. Bosco ocupan el puesto de honor los miembros del Capítulo Superior de la Congregación Salesiana.

Al avanzar la urna, resuena en los patios

de Valsálce un viva formidable.... Es imponente el momento en que D. Bosco deja aquellos lugares santificados por su presencia. Se siente la tristeza del momento. Los frondosos árboles del patio interponen sus ramas, en un último abrazo de despedida, como para impedirle el paso, y hay que cortarlas, para que con su roce, no se estropee la urna.

Y empieza el triunfo. Apenas salido del Instituto, la aglomeración de fieles se hace imponente.

Todos tienen en sus gargantas el mismo grito, en sus labios el mismo canto, en sus corazones la misma plegaria.

La estrechez de la calle, impide, empero, que se demuestre el entusiasmo de la multitud en toda su grandiosidad.

El desfile sigue por media hora, antes de llegar al puente Humberto, desde donde ha de empezar a regularizarse el cortejo, ya que la gente que hasta ahora lo formaba, no es sino una parte insignificante. Los demás se encuentran esperando su turno en la vastísima plaza Vittorio Veneto, y en las amplias calles adyacentes.

Gracias a las providentes medidas tomadas, la plaza Vittorio Veneto, presenta un aspecto ordenado. Se ven todos los diversos grupos que han de formar en la

procesión, formados por separado, con sus insignias, banderas, carteles; y en orden perfecto, a medida que les toca el turno, se van movilizandó.

Son diez y nueve los grupos que integran el cortejo. Cada uno de estos grupos sería suficiente para nutrir una manifestación. Pasan de treinta las bandas de música que a intervalos ofrecen una nota de animación a los cantos de la muchedumbre.

Desde las graderías de la Catedral asistimos al imponente desfile. Lo presencian desde allí también todos los Excelentísimos Sres. Obispos, dando un magnífico espectáculo con el brillo de sus colores y la magnificencia de sus vestiduras. A los cuatro cardenales que también esperan en la Catedral sumarse al Cortejo, les son preparados sendos sillones para que puedan contemplar cómodamente el desfile.

Y este da comienzo, por fin

El desfile.

El *primer grupo* está constituido por las niñas de los Oratorios de las Hijas de María Auxiliadora de Turín, comprendiendo las secciones de Hijas de María, Huérfanas, grupos gimnásticos, Colegios de Turín, el Círculo María Mazzarello, y termina con una nutrida representación de Ex-Alumnas.

El *segundo* es el de los Oratorios Salesianos. Pasan los de la Crocetta, Monterosa, San Pablo con su Banda, Valsálce, Marti-

legios que las Hijas de María Auxiliadora dirigen en el Piamonte, al que sigue el grupo *octavo*, integrado por nutridas representaciones de los Colegios Salesianos del Piamonte.

El *noveno*, que fué uno de los más interesantes, lo formaban la Unión de Jóvenes Católicas, la de Mujeres Católicas, los Jóvenes Católicos y la Unión de Caballeros Católicos, cerrando el grupo los círculos católicos universitarios

En el *grupo décimo* tenían una numerosa



El cuerpo Diplomático se une al homenaje a Don Bosco.
En el centro el Excmo. Sr. D. Alejandro Escudero, Cónsul de España.

netto, San Luís Gonzaga, y San Francisco de Sales, el primer Oratorio fundado por D. Bosco. Es una fila interminable.

El *tercero* y *cuarto* grupo están integrados respectivamente por un gran número de Balilas y «Piccole Italiane», ataviados con vistosos uniformes.

En el *quinto* forman las Compañías y Colegios no salesianos de Turín, de ambos sexos.

El *sexto*, los Colegios Salesianos de Martinetto, San Juan y el Oratorio de San Francisco de Sales, tres imponentes filas de niños internos.

El *séptimo* lo constituyen todos los Co-

representación las Cooperadoras Salesianas, y Damas de María Auxiliadora, los Ex-alumnos de D. Bosco y Cooperadores Salesianos.

El *undécimo* estaba formado por representaciones de las casas que las Hijas de María Auxiliadora poseen, tanto en Italia como en los países extranjeros.

A continuación desfilaban, en puesto de honor, la Casa de Valsálce, las Congregaciones religiosas de mujeres y el Instituto de las Hijas de María Auxiliadora con el Consejo General, formando un grupo imponente.

El *grupo décimo tercero* iba precedido de la cruz procesional, seguida de los clérigos

salesianos y de otras Congregaciones; — Seminarios Diocesanos, Sacerdotes del Colegio Eclesiástico (del que fué alumno el Beato) — el clero salesiano en cuatro interminables filas.

El *décimo cuarto* lo componían las Congregaciones y Ordenes religiosas, con sus Superiores generales y Provinciales, el clero diocesano, Párrocos, Rectores de Iglesias, Facultad Legal, Facultad Teológica, Canónigos de las Colegiatas y de la Metropolitana.

El *décimo quinto* lo formaban los Exmos. Prelados, Obispos, Arzobispos y Cardenales con su séquito.

Inmediatamente a continuación de este grupo venía la urna del Beato, rodeada del Capítulo Superior de los Salesianos y los Presidentes internacionales de los Cooperadores y Exalumnos de Don Bosco. También iban en este grupo algunos representantes de la familia del Beato.

A continuación venía el grupo *décimo sexto*, integrado por las Autoridades civiles y militares, el cuerpo Consular, la Comisión de Honor, y los Alcaldes de todas las ciudades del Piamonte en donde hay alguna obra salesiana.

Los dos últimos grupos, que cerraban el cortejo, estaban integrados por una nutrida representación de entidades políticas, culturales y patrióticas, entre las que merecen especial mención la representación de la «Unión Enseñantes Don Bosco» y la Universidad de Turín con sus Profesores y numerosos alumnos.

Cada uno de estos grupos promovía, a su paso, calurosas ovaciones y halagüeños comentarios de parte del numeroso público estacionado para verlos pasar, porque todas decían algo al corazón de los admiradores de D. Bosco. Eran objeto de cariñosas ovaciones las juventudes de Castelnuovo, pueblo natal del Beato, las de la Ciudad de Roma, la Asociación de Padres de Familia, con varios centenares de socios que reflejaban en sus rostros el entusiasmo y el convencimiento.

Pasa, entre muestras de especial complacencia, un escuadrón de alumnas de las Hijas de María Auxiliadora, artísticamente ataviadas, llevando sobre el pecho una banda de seda, con los nombres de todas las ciudades del mundo donde los Salesianos o las Hijas de María Auxiliadora tienen fundado algún Colegio o centro.

Se anuncian con nutridos aplausos la presencia de las representaciones de Polonia, de España y de Francia, con numerosos manifestantes, ostentando sus banderas y estandartes.

También es acogida con viva simpatía la presencia de dos negros del Congo Belga, en representación de las misiones salesianas.

Pero entre todos estos grupos, debemos mencionar el más numeroso, el más disciplinado y uno de los más simpáticos: es el grupo de más de diez mil personas, formado por los Cooperadores, Cooperadoras y Exalumnos Salesianos: todos orgullosos del acto que allí les reúne, parecen querer manifestar al mundo entero, el santo orgullo de que se sienten poseídos por pertenecer a la Obra que fundó el Beato D. Bosco.

Y pasan numerosos y recogidos, con las banderas e insignias de todas las naciones, ofreciendo a la multitud, que con respeto los contempla, el bello, espectáculo de la fuerza y de la juventud, asociada a la virtud y a la religión.

A continuación vienen los sacerdotes con sus albos roquetes y magníficas vestiduras, precediendo al nutrido grupo de Obispos Salesianos y al Cardenal Hlond, cuya púrpura y majestuosa presencia cautiva la atención de todos los ojos, que se vuelven a él con admiración y cariño.

Pasa el Beato.

En esto empieza a notarse algo especial: cesan los murmullos de las conversaciones; un silencio solemne y religioso invade a la multitud; se nota un movimiento de agitación en la masa; unos se arrodillan, otros se ponen de pié y se santiguan. Es que aparece la urna, filigrana de arte, tesoro de riquezas; pero lo que atrae y cautiva la atención y los corazones de todos, es aquel cuerpo, que se ve a través de los cristales, aquel cuerpo bendito de Don Bosco, cuyo rostro aún sonríe a la multitud;... Pasa Don Bosco....

Y aquellas calles que un día cruzara el humilde sacerdote, triste y apenado en busca de recursos con que mitigar el hambre de sus asilados; aquellas calles que no hace muchos años le veían rodeado de turbas de pilluelos, vendedores de cerillas, limpiachimeneas, vendedores ambulantes, le ven ahora rodeado, sí, de niños como aquellos

pero también de los más egregios Príncipes de la Iglesia y de las más distinguidas autoridades de la Capital.

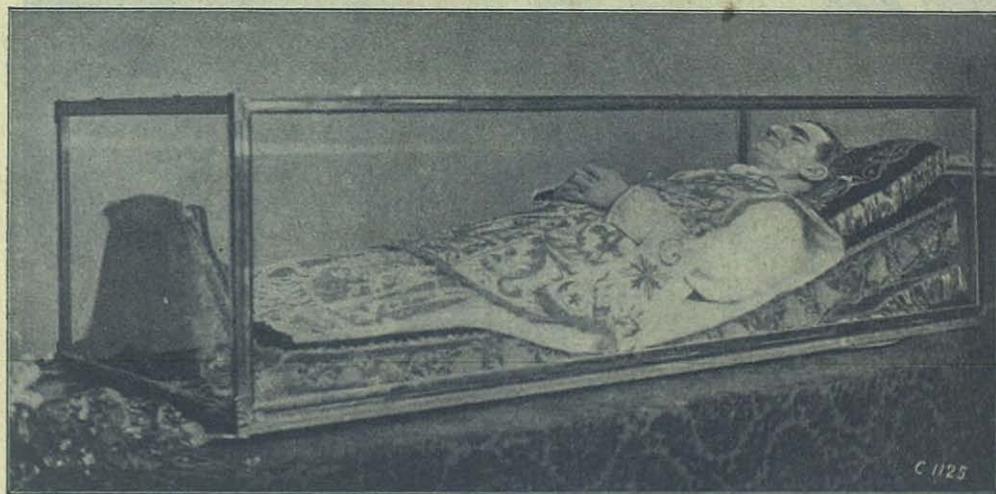
La turba de niños de hace cincuenta o sesenta años se ha transformado hoy en otra turba de más de quinientas mil almas, que al paso de D. Bosco entona un himno triunfal, celebrando entre aclamaciones de entusiasmo, la vuelta al Primer Oratorio del Padre de los niños, orlado con la aureola de la santidad

La presencia de la urna produce dondequiera un religioso silencio en la multitud, que se arrodilla y reza.... Y Don Bosco pasa,

de Nápoles, y *Nasali Rocca*, de Bolonia, precedidos de una interminable fila de Arzobispos y Obispos, asistidos por sacerdotes y familiares.

ARZOBISPOS: *Pisani*, titular de Costanza, *Montanelli* de Vercelli, *Del Rio* de Oristano, *Piovella* de Cagliari, *Longhin* de Treviso, *Ballerini* de Pavia, *Curi* de Bari, *Ferrais* de Catania, *Conforti* de Parma, *Menzani* de Piacenza, *Bussolari* de Modena, *Bartolomasi* Arcivescovo Castrense.

OBISPOS: *Ferretti* de Macerata, *Calabrese* de Aosta, *Ressia* de Mondovì, *Rossi* de



La Urna que contiene las preciadas reliquias del Beato.

bendiciendo a todos.... y mientras procede lentamente para llevar a otros grupos su bendición y su sonrisa, los anteriores se ponen nuevamente en pie, y desahogan su entusiasmo y su amor hasta entonces contenido, en gritos de júbilo, en exclamaciones y cánticos de inmensa alegría.

Y este es el espectáculo que ofrece el paso de Don Bosco durante todo el trayecto

Son más de cinco kilómetros, los que recorre la urna en medio de una ovación ininterrumpida, de un continuo fluir de lágrimas, y de un incesante perfume de oraciones.

Los Prelados.

Al llegar a la plaza de la Catedral, la urna se detiene, mientras se incorporan al Cortejo los Emms. Cardenales, *Maffi*, de Pisa *Vidal* y *Barraquer*, de Tarragona; *Ascalesi*

Susa, *Cattarossi* de Belluno, *Fogar* de Trieste, *Matteoni* de Grosseto, *Oberti* de Saluzzo, *Castelli* de Novara, *Menna* de Mantua, *Pella* de Casale, *Sain* de Fiume, *Costantini* de Spezia, *Menegazzi* de Comacchio, *Filippello* de Ivrea, *Travaini* de Cuneo, *Principe Endrici* de Trento, *Spandre* de Asti, *Milone* de Alessandria, *Garigliano* de Biella, *De Amicis*, Auxiliar de Génova, *Pinardi*, Auxiliar de Turín, *Del Ponte* de Acqui, *Abbate di Verres*, *Castrale* de la Facultad Teologica de Turín, *Mazzini* de Filadelfia, *Sanmiguel* de Venezuela, *Du Bois* de Annecy, *Bilbao* de Tortosa, *Ricard* de Niza, *Aguirre* de Sorocaba, *Belloso* de San Salvador, *Caro* de La Serena, *Font* de Tarragona, *Builes* de Santa Rosa, *Ortiz* de Chachapoyas, *Massa* de Rio Negro. En total, 49, que, sumados a los 6 cardenales y a los 13 preladados salesianos anteriormente men-

cionados, forman un total de 68 entre Cardenales, Obispos y Prelados.

Con ellos acaba de organizarse el cortejo, que prosigue su marcha por la calle XX Septiembre, pasando ante los balcones del Palacio Real, en donde aparece el Príncipe Heredero de Italia, que conmovido, presencia con las Princesas y altos personajes de la Corte el hermoso espectáculo de fe que se desarrolla ante sus ojos, y cuando

aclamaciones y cantos recorre Don Bosco el espacio que le separa de su Basílica, a donde llega después de cinco horas de triunfal recorrido.

Al aparecer la urna ante la plaza de María Auxiliadora, nos sorprende un magnífico espectáculo: la iluminación de la Basílica. Las luces han erigido también su poema, para sumarse a la grandiosidad general. La airosa cúpula, parece un ascua de oro.



Algunos de los Excmos. Obispos y Prelados que esperaban en la Catedral el momento de unirse al cortejo.

la urna del Beato pasa ante su balcón, se descubre reverentemente, y con profunda unción y piedad cristiana, se santigua, y reza.

Al desembocar en el Paseo Regina Margarita la carroza triunfal, la masa humana se agita. Entra en el barrio de D. Bosco, y allí es el entusiasmo más grande, más sincero, más popular. Todo son gritos, plegarias en alta voz, cantos; nadie se recela de demostrar públicamente sus sentimientos, porque en aquellos instantes sienten lo mismo, todos tienen una oración que hacer, una gracia que pedir, una promesa que formular. Y así, entre ininterrumpidas

parece como el nimbo de gloria que se eleva sobre la frente del Beato, para dar a entender al mundo entero, la gloria de que en el Cielo se halla revestido.

En la Basílica.

Mientras las autoridades e invitados van entrando a duras penas en la Basílica, a causa de la enorme concurrencia que dificulta todo movimiento, la urna es colocada sobre un catafalco, de donde puede ser contemplada por la multitud que no podrá tomar parte en las funciones que se llevarán a cabo dentro de la Basílica, ya rebo-

sante de selecta concurrencia, formada exclusivamente por las autoridades que han tomado parte en el cortejo.

Y la plaza se cambia en un templo, en donde sólo se oye el canto a Don Bosco, canto que nadie se cansa de repetir, y que cada vez crece en entusiasmo, en fervor y en intensidad, hasta tomar proporciones indescriptibles, de esas que hacen preci-

la iluminación, verdadero alarde de riqueza y buen gusto, que hace de toda la Basílica un ascua de oro, lo primero que llama la atención, es, en puesto preeminente, sobre el altar mayor, el cuadro de la Gloria del Beato, el mismo que fué expuesto en San Pedro el día solemne de la Beatificación, radiante de luz, envuelto en riquísimas franjas de púrpura y oro. A los lados, debajo



La Urna precedida por los pajecitos, y el Card. Hlond, a quien escoltan los Caballeros de Malta.

pitarse las pulsaciones de nuestras venas y los latidos del corazón.

Por fin el cuerpo del Beato es llevado a la Basílica. Su entrada es recibida al canto del *Iste Confessor* compuesto por Pagella. Y como hay instalados altavoces por la plaza y por las calles adyacentes, la multitud, aunque no pueda ver nada, se siente unida en espíritu a los de dentro, y oye sus mismos cantos, reza las mismas plegarias y responde a los mismas oraciones, conservando en los intervalos un silencio solemne y completo.

Entre tanto el interior de la Basílica presenta un aspecto imponente. Sin hablar de

de la bóveda de la Basílica, se ven también los cuadros de las prodigiosas curaciones ya mencionadas, de Sor Provina Negro y Teresa Callegari.

En el altar mayor toman puesto los Emmos. Cardenales, a la derecha: a la izquierda hay preparados varios sillones, que ocupan el Príncipe Humberto de Saboya y sus nobles Hermanas, que han querido también rendir su tributo de cariño y veneración al santo turinés, Padre de los niños.

En medio de la Basílica hay los sillones destinados a los Obispos y Prelados y a los lados, en los lugares libres, ocupan el suyo las autoridades e invitados, el cuerpo dipló-



María Auxiliadora acoge en su Basílica, los venerandos restos de su preclaro Apóstol.

mático y consular y los pocos felices que han logrado entrar en el templo.

Y tiene lugar la solemne función. El *Iste Confessor* de Pagella, resuena en las vastas naves como un himno de triunfo.

El Cardenal Gamba se dispone a dar la Bendición con el Smo., mientras, para no privar a la multitud que afuera se aglomera, de esta dicha, el Cardenal Ascalesi, se dirige a la puerta de la iglesia y sobre un altar improvisado al lado de la Basílica, visible de toda la plaza, imparte a su vez la Bendición con S. D. M., acto que se repite al mismo tiempo en la Plaza del Rondó.

Y con este acto se dan por terminados los festejos de este día. Pero la multitud no sabe separarse de la plaza de María Auxiliadora, y se extasía ante la contemplación de la Basílica iluminada con más de 15.000 bombillas, resultando un conjunto grandioso.

Es imposible dar un paso por la plaza: en algunos sitios el río humano nos lleva en volandas, sin permitirnos ni fijar los pies en el suelo; parece un milagro que no sucedan desgracias.

Y así por horas y horas, hasta las once de la noche, en que un providencial aguacero, convence a la multitud de que es ya hora de buscar en el retiro de la propia estancia un poco de reposo a tantas fatigas y a tantas emociones.

Primer día del Triduo.

Los días 10, 11 y 12 son destinados al solemnísimos triduo en honor del nuevo Beato.

Desde las cuatro de la mañana en que fué abierto al público el grandioso templo de María Auxiliadora, la afluencia de fieles fué ya extraordinaria, y fué creciendo de manera que era un verdadero problema aún para los de casa, el poder penetrar en la iglesia, porque materialmente, no se podía pasar. Las Misa y las comuniones no cesaron un instante, hasta la última función.

Pero la multitud aflúa especialmente a venerar la urna del Beato del que no acertaba a separarse. Quería poner en contacto con ella todos los objetos piadosos imaginables. Cuatro o cinco clérigos, renován-

dose con frecuencia no hacían más que satisfacer estos deseos del pueblo, que ofrecía rosarios, medallas, estampas, toda clase de objetos piadosos.

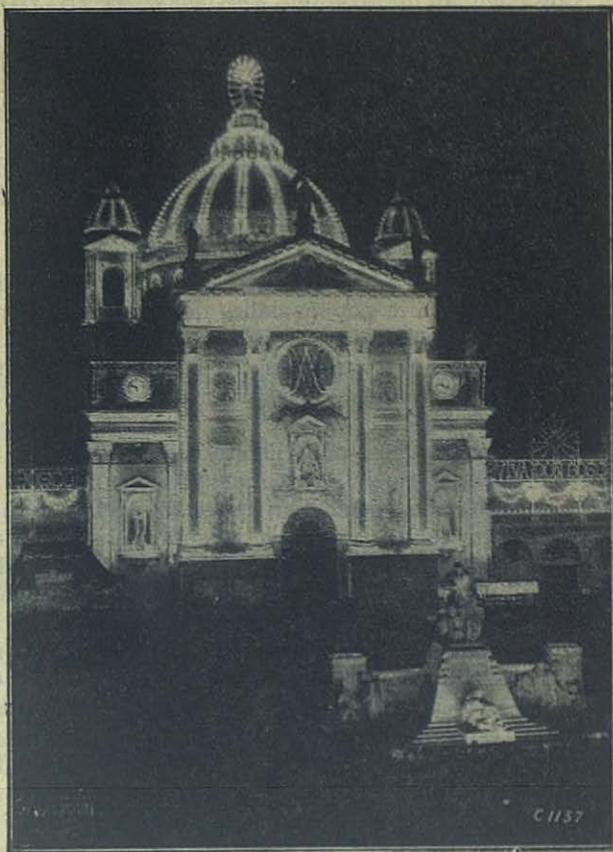
Por la mañana dijeron Misa el Rvmo. Superior Genaral, D. Felipe Rinaldi y el Card. Maffi, Arzobispo de Pisa.

A las 10 dió comienzo en la Basílica la gran Misa Pontifical celebrada per S. E. el Card. Ascalesi, Arzobispo de Nápoles, y con asistencia de todos los Cardenales, Obispos y Prelados, lo que dió a la función caracteres de solemnidad extraordinaria. Se interpretó la Misa en honor del Beato Juan Bosco, compuesta para esta ocasión por el Maestro Salesiano Pagella, inspirándose en un motivo creado por el mismo Beato, en una de sus canciones. El grandioso coro, formado por la *Schola cantorum* del Instituto Teológico Internacional y por la de los alumnos del Oratorio, constaba de 300 voces que hacían estremecer las bóvedas de la Basílica, con sus grandiosas melodías, especialmente las que componen el final del Gloria, el Sanctus y el Benedictus. Al órgano se sentó el Maestro Mattei, primer organista de Italia.

El templo estaba rebotante de selecto auditorio, pero la plaza y los patios del Colegio, en donde varios potentes altavoces hacían oír las melodías y ceremonias que en la Basílica se llevaban a cabo, estaban también atestados de gente, que con religioso silencio y edificante piedad, se unía a los del templo, formando así una única asamblea de muchos millares de personas.

Por la tarde, con ocasión de las funciones religiosas, se repitió el mismo espectáculo; pero la afluencia de gente no disminuyó un instante; pues en los intervalos eran tantos los que querían visitar el cuerpo del Beato que la plaza, la Basílica y el Oratorio estuvieron en todo momento atestados de gente, que, gracias a las disposiciones tomadas, podían pasar ante la tumba del Beato, depositar sus plegarias y salir para dejar sitio a la multitud que les seguía.

La «Radio Torino» se encargó de radiar



Fantástico aspecto que ofrecían por la noche la plaza y la Basílica de María Auxiliadora.

al mundo entero las solemnidades de estos días inolvidables, los discursos de los prelados y la grandiosidad de la fiestas.

A las seis, se cantaron las Vísperas, con asistencia de todos los Rvmos. Prelados, y a continuación ocupó la sagrada Cátedra el Emmo. Card. Augusto Hlond, Salesiano, para enaltecer, con elocuencia soberana y entusiasmo filial, la excelsa figura del Beato, que supo oponerse al torrente devastador de la descristianización que las sectas sistemáticamente llevaban a cabo, trabajando en la sombra o a la luz del día, pero siempre con actividad y creciente éxito. Don Bosco supo infiltrar en la sociedad el instinto de lo sobrenatural, y con sus obras y con sus milagros, hizo ver al mundo entero que no se puede prescindir de Dios si se quiere que la humanidad siga el camino del progreso y de la paz. Don Bosco supo llevar a cabo su obra, dedicándose por completo a

la educación de la juventud, enseñando el nuevo sistema basado en la caridad cristiana y el temor de Dios; a este fin fundó sus Oratorios, sus Institutos, en donde la juventud aprende a servir a Dios con generosidad, sin respetos humanos. Hoy el laicismo tan en boga el siglo pasado, ha pasado a la historia; y la juventud ya no siente reparos en practicar públicamente sus creencias y en mostrarse profundamente cristiana, como lo demostró ayer, desfilando valientemente por las calles de Turín por espacio de más de cuatro horas, con la frente alta, con la sonrisa en los labios y la paz en el alma. Esta es la juventud formada por D. Bosco.

Termina el Cardenal su brillante discurso con un caluroso elogio a la obra salesiana e invocando una bendición especial del nuevo Beato sobre la Iglesia y sobre el mundo entero.

A continuación el Cardenal Nasalli Rocca, dió la trina Bendición con el Smo., terminando así la solemnidad religiosa del primer día del triduo.

Por la noche, a las nueve, de nuevo el bellissimo espectáculo de la iluminación, atrajo a las inmediaciones de Valdocco una inmensa muchedumbre, que parecía no querer apartarse de los lugares venerandos en donde D. Bosco había fijado de nuevo su morada.

Segundo día del Triduo.

Sin disminuir un punto la enorme afluencia de devotos y admiradores de D. Bosco se han llevado a cabo los actos anunciados en el programa de las fiestas, con toda solemnidad y entusiasmo: el mismo ambiente de piedad, la misma concurrencia, la misma grandiosidad en las funciones religiosas. Hoy ha celebrado el Pontifical S. E. El Card. Hlond, y por la tarde después de las Vísperas solemnes, ocupó la cátedra sagrada el Emmo. Card. Nasalli Rocca, quien nos presentó a D. Bosco en su aspecto de educador de la juventud obrera, por la que trabajó toda su vida, abriendo las admirables Escuelas Profesionales, hoy ya extendidas en todo el mundo y en donde se forman obreros hábiles en su oficio, y al par, perfectos cristianos, que sabrán regenerar la sociedad, llevando a sus hogares, profundamente religiosos, el ambiente de la piedad

y virtudes cristianas de que se empaparon en los santos lugares en donde se educaron.

Dió la Bendición con su D. M. el Cardenal Ascalesi.

Ultimo día del Triduo.

También hoy la radio Torino se ha encargado de transmitir al mundo las fiestas de Turín. Tal vez nuestros misioneros de lejanos países hayan podido, en un paréntesis de su vida de trabajo y sacrificio, escuchar la caldeada palabra del Cardenal Gamba. que esta tarde ha querido clausurar con un discurso todo corazón y amor, las fiestas del triduo en honor a D. Bosco. Ha puesto de relieve la grandiosa figura del Beato como modelo de sacerdote, haciendo resaltar sobre todo su piedad y su corazón paternal, comprensivo y amoroso. La emoción del Cardenal se comunicaba a los oyentes sobre todo cuando se explayaba en recuerdos personales, en los que ponía todo su afecto de hijo y todo su entusiasmo de admirador sincero.

El Cardenal Maffi, dió a continuación la Bendición con S. D. M., dando por terminado con este acto el triduo solemne, en el cual Turín entera, vestida de fiesta, ha vivido en Valdocco, sintiéndose orgullosa de ser la cuna del grande santo, que como irresistible imán hace de su tumba el centro de atracción del mundo entero.

Por la noche por última vez, acudió la gente a extasiarse ante la Basílica iluminada y a oír los acordes de la Banda «Cardenal Cagliero». La muchedumbre más numerosa que nunca y más entusiasta, si cabe, forcejeaba sin cesar para poder penetrar en el templo a venerar la Urna que encierra los venerados despojos del que manifestó su amor a Dios, sacrificando toda su vida en bien del prójimo. ¡El pueblo ama a quien le ama!

ADHESIONES.

Del sinnúmero de telegramas y cartas recibidos por nuestro Superior General con motivo de la Beatificación de Don Bosco copiamos alguno:

Con aprobación de la autoridad eclesiástica.

Gerente: D. DOMENICO GARNERI.

Establecimiento Tip. de la Sociedad Editora Internacional - Turin
Corso Regina Margherita, 174.